

Año XXXIII

Madrid, Jueves 23 de Enero de 1913.

Núm. 4.

## Hoy como ayer

He aquí algo de lo que yo escribía hace más de un cuarto de siglo, cada vez que algunos republicanos trataban de aproximarse ó se aproximaban á la Monarquía.

### Naufragios en el cieno

Va á haber muchos y ya se citan nombres. Desgraciado país este en que la raza del conde D. Julián no se extingue nunca.

España es el pueblo de más vitalidad que hay en el mundo. ¿Cómo, si no, resistiera este incesante tejer y destejer de los hombres que se proclaman salvadores suyos, desde todos los campos políticos?

Se hace una revolución, y toman parte en ella los que más deben á lo que se trata de derribar; viene una República, y allá van los monárquicos; llega la restauración, y los que se habían declarado republicanos, la acatan primero y la defienden después. Y todo en nombre de la libertad y del patriotismo. ¿Dónde hay una escoba que barra tanta inmundicia?

Han inventado una porción de palabras para justificar sus defecciones, y han dado á otras distinta significación para arrojarlas como un anatema al rostro de los hombres que permanecen en sus puestos. Como si la palabra evolución, que está hoy en moda, no equivaliera siempre á la de apostasía, y la de intransigencia no sustituyera cumplidamente á las de convicción, firmeza y dignidad.

Benditos sean aquellos tiempos en que las diferencias políticas engendraban odios tenaces, y se atacaba en todos los terrenos y en todas las ocasiones á los que pensaban de distinto modo. Los inconvenientes que esto traía y los excesos á que daba lugar, quedaban harto compensados con las ventajas que reportaba y los bienes que producía.

Aun hoy mismo, en las poblaciones de segundo y tercer orden, las diferencias políticas mantienen las enemistades personales, y los hombres sacrifican sus intereses y su tranquilidad en aras de sus respectivos partidos, para que luego aquí les demos estos vergonzosos espectáculos.

Cuando se escriba la historia de estos tiempos, habrá que decir, sobre poco más ó menos:

«Nunca atravesó España por un período más degradante. Si en otras épocas hubo traiciones, afán de enriquecerse y apetito por mandar, en ninguna revistió los caracteres que en ésta. Llegó á un

punto tal la corrupción, que ni era necesario comprar las conciencias; bastaba preparar la laguna de fango para que acudiesen á revolcarse en ella como los animales que guardaba el Hijo pródigo.

»Lo que más la caracterizó, fué el lujo de pequeñeces con que se revestían todas las degradaciones. Nada de grandeza en la falta, ni de heroísmo en el crimen: mientras más altos estaban los hombres, más bajos eran los medios á que apelaban para envilecerse, para prostituirse.

»Y en tanto que ellos, los políticos que el pueblo oyó como á oráculos y siguió como á redentores, que se degradaban como esclavos y naufragaban en el cieno, ese mismo pueblo, esquilado y empobrecido, tomaba el camino de la expatriación ó sucumbía lentamente de hambre, permitiéndose, á lo sumo, turbar aquella orgía de concupiscencias con ayes de angustia ó lamentos de mendigo.»

Todo esto y algo más, tendrá derecho á decir el historiador de esta época desventurada, en que los hombres políticos pasan de la monarquía á la República y de la República á la monarquía sin violencia ni sonrojo los unos, y los otros sin el cinismo del descaro ni el valor de la desvergüenza.....

Al llegar aquí, leo que se ha encontrado ya la fórmula para la formación de la izquierda dinástica, y sólo se me ocurre exclamar:

«La charca os espera. Avanzad en tropel. Su agua sucia os quitará el barniz republicano con que os disfrazásteis, cuando el ser republicano era provechoso. Adelante, valerosos campeones del medro. ¿Qué importa llegar manchados de lodo, si al fin arribáis á las orillas del poder, meta de vuestras aspiraciones?»

29 Octubre de 1882.

### Ni los unos, ni los otros

Ni los fusionistas, ni los izquierdos. Todo el que intente robustecer la monarquía á costa de la República, ese es mi enemigo, y á ese combatiré.

Que uno me da más ventajas en la lucha que el otro: me aprovecharé de ellas sin agradecerse, porque lo hace para ver si así me puede reventar mejor, no por favorecerme.

¿Benevolencia con ellos? Nunca; así la recomiende el hombre más autorizado de la democracia. Lo que me den, me corresponde de derecho; y además, que no me lo dan por ser justo, sino porque á ese título ocupan el poder.

Convencido de que la plaza de la monarquía hay que tomarla por asalto, no

quiero saber más. El sitio está puesto, la brecha abierta. ¿Cuándo se pondrán las escalas?

Lo ignoro; pero que el tiempo da gusto á todos, eso sí que lo sé. Por tal razón no me preocupa gran cosa la fecha. Procuro contribuir á apresurarla, y tan contento.

Este convencimiento me impide entusiasmar me con lo que ocurre, obligándome en cambio á soltar tajos y mandobles á diestro y siniestro, sin cuidarme de si unos se encuentran hoy arriba, otros abajo, ni de si aquéllos me convienen más que éstos.

¿Son monárquicos? Pues me basta con eso. Muchos años há que he dividido á los españoles en dos bandos: el de allá y el de acá. Al de allá, el monárquico, palo siempre; y al de acá, el republicano, cuando lo necesite. No tengo más programa político.

Si fuera sabio, hombre de Estado ó filósofo, verla la cuestión de distinto modo; aunque, á decir verdad, sentiría serlo. Todos los males que lamentamos son debidos á esas eminencias que, después de pesar bien el pro y el contra de todas las cuestiones, y de prever con anticipación los sucesos, han hecho planchas estupidas.

Seguiré sus indicaciones y los ayudaré en lo que crea conveniente á la República; pero si se me vienen con benevolencias y diplomacias, solicitando que ayude á los izquierdos contra los fusionistas, ó á los fusionistas contra los izquierdos, les diré como les digo hoy: «ni los unos ni los otros.»

17 Diciembre de 1882.

### SONETO

El charco de la infamia ya está lleno,  
que alimento y albergue os asegura  
al charco, pues, aunque la baba impura  
de vuestras bocas emborbaque el cieno.

Una vez roto al apetito el freno,  
hay que engullir vileza hasta la hartura;  
revolcarse en el fango con bravura;  
hacer una virtud del desenfreno.

Buscar la fortaleza en el cinismo,  
la a tidez y el orgullo entre la escoria,  
y el honor en acciones que deprimen;  
pues cayendo tan bajo, el heroísmo  
que conduce hasta el templo de la gloria,  
consiste en deshonrar el propio crimen.

21 Junio 1885.

### ¡Viva la República!

Soplan vientos de traición, que empujan hacia la monarquía á los impacientes,

los ambiciosos y los vividores. Mantengámonos firmes.

Contando las horas por los apetitos, cada minuto es un siglo para el que aguarda. Prevengámonos contra los sofismas del interés personal.

Estamos siempre tan inclinados á creer lo que nos conviene, que la menor capitulación con la conciencia podría separarnos del buen camino. Alerta, pues.

Nunca fué más necesaria que ahora la convicción. Cuando los ejemplos de debilidad son tantos, ¿ega á dudarse del propio criterio y á darse al ajeno exagerada importancia.

El problema se presta á espejismos deslumbradores. La unión de la democracia con la monarquía; la forma supeditada á la esencia... ¡qué hermoso es esto!

Cerrar la era de las revoluciones; asegurar la paz en un país tan perturbado por la guerra; poner de acuerdo el derecho con la justicia... Nada hay más seductor.

Pero tiene el inconveniente de que es falso y de imposible realización, como lo saben los mismos que lo proclaman; y la prueba está en que amenazan con la revolución en el caso de que la monarquía rechace la alianza.

Esto, por de contado, es preparar el terreno. No tienen valor bastante para quemar las naves desde luego, y andan buscando fórmulas que disculpen su apostasia. Después vendrán las componendas y mixtificaciones. Necesitan un disfraz, y se plantan ese. Y esto es todo.

Tengamos nosotros la fe que á ellos les falta, y enfrente de esa coalición de estómagos, afirmemos una vez más, y más enérgicamente que otras veces, la idea republicana.

Si, contra esos mercachifles de la política, esos niños hambrientos y esas pollas del éxito, oponemos nuestra convicción inquebrantable, y hagamos nueva profesión de fe revolucionaria.

¿Hay alguno entre nosotros que vacile, que dude siquiera? Pues que se vaya. Tenemos que saber con quién contamos, siempre y en todos los casos.

¿Cuántos quedamos? ¡Mil, ciento, diez? Pues ya sabemos que somos diez, ciento ó mil, para las eventualidades del mañana. Un amigo irresoluto es más peligroso que tres enemigos declarados.

Enarbolemos con más brío que nunca la bandera de la sola forma de gobierno compatible con la democracia, enviando un aplauso á todos los que se cobijan á su sombra y que permanecen tanto más fieles cuanto más se reduce su número.

Y al hacerlo, no olvidemos al hombre que lejos de su patria, zaherido y calumniado, protesta con su actitud digna y levantada de tanta benevolencia, de tanta debilidad y de tanta infamia como por acá ocurren, sin que su fe desmaye, su valor flaquee y su esperanza amengüe. Hombre con quien podremos no estar conformes, como no lo estamos, en algún punto concreto, pero á quien todo republicano debe respeto y consideración, por ser el único que no ha transigido

en nada con la monarquía de Sagunto, y el único que ha sabido mantener enhiesta esa bandera querida para que no la manchasen la cobardía ni la traición: D. Manuel Ruiz Zorrilla.

29 Julio de 1883.

Hoy, ante los republicanos que aplauden la ida de Azcárate á Palacio, y ante los que la disculpan y ante los que no la condenan enérgicamente, me afirmo y ratifico en todo eso que dije, y recuerdo que uno de aquellos á quien yo aludía, Castelar, murió arrepentido de sus benevolencias y procuró, cuando ya la muerte le acechaba, volver á trabajar en el campo republicano por la redención moral, intelectual y económica de España, convencido de que en el monárquico le era imposible.

## El acto de Azcárate

¿Censurar yo al Sr. Azcárate porque haya ido á Palacio invitado por el rey? No. Hace treinta, veinte, diez años lo habría hecho y con los tonos duros que empleé cuando Martos se colocó á *honesta distancia de la monarquía*, ó Castelar aconsejó á sus partidarios que la sirvieran. Véanse los artículos que anteceden.

¿Pero hoy? De ningún modo; entre otras razones, por no contradecirme. Si le he dicho tantas veces que no encajaba bien entre nosotros, ¿con qué derecho le podría motejar ahora, por haber acudido á donde siempre estuvo en espíritu?

Y diré más: le reconozco un mérito: el que alcanza á todo el que ha sacrificado al error de un momento su vida entera. Azcárate vino á la República al caer don Amadeo, sin sentirla, y ha permanecido en ella, recordando tal vez á menudo, al pensar en la Monarquía, aquellos versos de Doña Inés de Ulloa refiriéndose á Don Juan:

No sé qué fascinación  
en mis sentidos ejerce,  
que siempre hacía él se me tuerce  
la mente y el corazón.

¡Feliz el que, cual Azcárate, logra al fin de su existencia volver al hogar que lo cobijó en su niñez, y sentir las intensas emociones que despiertan los recuerdos de la edad florida!

El que nunca se apartó de su hogar, no puede gustar las alegrías vivas y dulces del regreso.

## Situación falsa

¿Que Azcárate no se ha ido á la Monarquía, sino que sigue con nosotros?

Esto es lo imperdonable; lo que el partido no puede consentirle; lo que debería haber ya resuelto la Conjunción Republicana.

Permitir que siga alardeando de republicano, es colocarle en honradez política á la altura de la mujer aquella que se dejaba profanar por sus amadores en todas las formas, y que al pretender ellos con-

sumar la suerte que aquellos preludio libidinosos reclamaban, decía entre ruborosa y asustada: «¡Oh! ¡No! ¡Eso no! ¡Eso no!...»

¡Y se creía honrada!

No, no; por respeto á la personalidad política del Sr. Azcárate, debemos evitar que pueda compararse con ella.

Aunque me explico en parte la contradicción en que incurren los directores del republicanismo, al decir antes que la vuelta de Maura al poder traería la revolución, y alabarse ahora de haber impedido su vuelta; han tenido tan poco tiempo desde que cayó (¡tres años y pico!), que no han podido poner al Pueblo en condiciones de intentar nada.

Ocupados en asuntos más importantes, celebrar mítins, recibir homenajes, asistir á banquetes, destrozarse unos á otros, formar agrupaciones nuevas, y otros preferentes asuntos revolucionarios, no han podido disponer ni de cinco minutos para dedicarlos á pequeneces como la de dar al partido una organización revolucionaria, buscar recursos, etcétera, etc.

¿Nos indignamos, ó nos reimos?

## Contradicción explicada

¿Que el acto de Azcárate ha cerrado para siempre las puertas del poder á Maura y Cierva? Quizás no; pero, en fin, admitámoslo. El tiempo dirá en esto, como en todo, la última palabra.

Mas una vez admitido, hay que ir á parar lógicamente á esta conclusión: á la Monarquía, y no á la República, es á quien Azcárate ha servido al ir á Palacio.

Veníamos diciendo hace tiempo, que la vuelta de Maura traería la revolución, tan deseada por nosotros para derribar la Monarquía. Luego impedir la una, es retardar la otra.

Y como á la vez decimos que únicamente la República puede curar los males de España, todo lo que se retrase su advenimiento, es prolongar esos males.

## Las dos naturalezas

Lo malo aquí no es que Azcárate haya acudido al llamamiento del rey, sino que haya habido tantos republicanos que lo aplaudan, lo disculpen ó no lo condenen.

¿Que debió ir, por ser Presidente del Instituto de Reformas sociales? Si no hubiera aceptado ese cargo, no se habría visto en ese compromiso.

Pero no hablemos de esto, que es secundario, sino de esto otro.

Sobre el cargo de funcionario público, debía él haber colocado el de director de la minoría republicana del Congreso, y no haber ido á Palacio sin consultarla.

¿O es que para él la honra del partido vale menos que la del funcionario de la Monarquía, ó que ha vuelto á ponerse en moda la teoría de las dos naturalezas?

## Divide y vencerás

Si en el programa revolucionario, ó por lo menos en el republicano, figurase este artículo: «Ayudaremos á los liberales contra los conservadores», ya me guardaría yo bien ni de llamar la atención siquiera á los que tal hiciesen: estaríamos todos dentro de la ortodoxia más pura.

Pero como no figura, y estoy cansado de oír que los liberales son tan reaccionarios como los conservadores, creo que nuestra acción debería dirigirse contra unos y contra otros.

¿Que ayudando á los primeros para reventar á los segundos, vamos restándole fuerzas á la Monarquía, y que dividir es vencer? Ciertó. Pero al ver que llevamos 26 años haciendo esa política, sin haber podido impedir que los frailes aumenten, que la Deuda pública crezca, que la ley de Jurisdicciones se apruebe, que la administración de Justicia esté en manos de los clericales, que la emigración se detenga, ni que la miseria se aminore...

Al ver que no hemos podido evitar la subida anual de los impuestos, ni el fusilamiento de Ferrer, ni el crecimiento del carlismo, ni el cercenamiento de la inmunidad parlamentaria, cabe dudar de la eficacia de esa politiquilla de maquiavelos baratos. Las revoluciones, y menos tan hondas como el Pueblo español la necesita, no se hicieron nunca con habilidades, sino con sacrificios; y los remedios que reclaman los males de España, tan inmensos y tan intensos, hay que aplicarlos oportunamente para que surtan el efecto deseado: operación quirúrgica que se retrasa, miembro podrido y enfermo muerto. Y no hay taumaturgo político que baga surgir á nueva vida á una nación muerta ó completamente extenuada.

Aparte de esto, es risible que invoquen el *divide y vencerás*, para disculpar su inacción revolucionaria, los que se olvidan de lo de *unión y tacto de todos* para vencer.

Pues si ésto no sirve para triunfar ¿cómo ha de servir para vencer aquéllo?

## Lo más digno

La situación para los jefes republicanos es la siguiente.

El que crea firmemente que la Monarquía se ha liberalizado, y que ingresando él en ella, podría influir en que aceptase el credo democrático por completo, ese, sea quien fuere, se haría más digno del aprecio público ingresando en la Monarquía, olvidando su historia y pisoteando su consecuencia en bien de la patria, que no permaneciendo entre nosotros sin sentir la convicción que sostiene y la esperanza que alienta. Y si no lo hiciere, sería tan despreciable como el clérigo que, perdida la fe, continúa en la Iglesia fingiendo una creencia que perdió y embaucando en nombre de un dogma de que se burla.

Yo no aplaudiría al que se fuese, pero tampoco lo combatiría; mas de verme forzado á hacer una de las dos cosas, optaría por la primera; que siempre consideré menos indigno al que rectifica noblemente lo que él considera un error, que al que lo mantiene á sabiendas de que lo es.

## Imbecilidad

Lo reconozco y lo confieso: estoy completamente fuera de la realidad; soy el primer imbécil que ha existido.

Decía Bolívar, el libertador del Perú, que no había conocido más que tres tontos en su vida: Jesucristo, don Quijote y él. Pero era porque no había tenido ocasión de tratarme, por la sencilla razón de no haberme yo dignado aún venir á echar un vistazo por este planeta.

¿En quién creerán ustedes que pensé al recibir la noticia de que Azcárate había estado en Palacio?

En el comandante Ferrándiz y en el teniente Ballés, fusilados por los gobiernos de la Monarquía en Gerona; en los cuatro sargentos fusilados en Santo Domingo de la Calzada y en el teniente Cebrián asesinado; en el sargento Bartual, fusilado en Cartagena; en el capitán Mangado, asesinado en Navarra; en el brigadier Villacampa, en el teniente González, y en los sargentos sublevados en Badajoz y en Madrid, sufriendo hambre en la emigración, y hambre y desengaños en su patria al ser á los pocos años indultados; y además en todos los republicanos que han muerto en la miseria en el extranjero ó en presidio por permanecer fieles á sus convicciones.

¿Que qué tenía que ver la ida de Azcárate á Palacio con todos esos que se sacrificaron por la idea republicana?

Nada; pero es el caso que pensé en todos, y que los coloqué sobre mí en punto á imbecilidad, por haber hecho mucho más que yo por la venida de la República, pudiendo haberse sumado á los que hoy se ven aplaudidos por los correligionarios cuando realizan un acto que da pretexto á los periódicos para publicar en letras grandes artículos con este título:

### Los republicanos en Palacio

## ¿Me retiro, ó no?

Mis tiempos han pasado. Los hombres de la nueva generación republicana que se elevaron ofreciéndole al Pueblo la revolución, ven las cosas de modo tan distinto de como yo las veo, que será cosa de ir pensando en si debo cuanto antes pedir mi jubilación de político, por fracasado, anticuado y visionario.

Ya lo hubiera hecho, á no ser porque á lo mejor me encuentro conque á la masa, al Pueblo, á los que no calculan, si no sienten, les gusta lo que pienso y lo que digo, y hasta la manera de decirlo. Si no, nace años que hubiera presentado

mi dimisión de político, y quedádome con mi modesta posición de anticlerical irreductible; mejor dicho, de anticatólico; y mejor dicho aún, de antirreligioso; porque esto de disentir constantemente de la opinión de mis correligionarios, me hace sospechar si seré yo el único que no tiene razón.

Al pensar en lo que yo escribía allá por los comienzos de EL MOTIN en cuanto se sospechaba que algún republicano iba á pasarse á la Monarquía, ó la miraba con buenos ojos siquiera, y compararlo con lo que ocurre ahora, antójase que estoy en otro país y en otro siglo, y quedóme como aquella gallina que incubó sin enterarse huevos de pato, y al acercarse á un estanque á los pocos días de salir del cascarón los polluelos, vió es tupefacta que se arrojaban todos al agua.

Porque hay que confesarlo: son más los republicanos que aplauden ó disculpan á Azcárate por haber ido á Palacio, que los que lo censuran tibiamente: condenarlo con indignación y energía, ninguno, que yo sepa.

Y siendo así, ¿no les parece á mis lectores que debo hacer lo que al principio indico, esto es, ir pensando en si debo retirarme por el foro, para que los jefes continúen arrogantemente su marcha triunfal, sin escuchar el constante y molesto silbido que casi siempre lanzo desde el asiento de paraiso del teatro donde asisto á la representación de la comedia que se viene representando?

Lo pensaré despacio, y veremos lo que resuelvo.

JOSE NAKENS

## Un hombre

Cayó enfermo Oscar Pérez Solís, ese hombre convencido y abnegado que renunció á su empleo de capitán de Artillería para ingresar públicamente en el partido socialista.

Su familia, influida por los clericales, cerró la puerta á sus amigos y correligionarios en cuanto vió que había perdido el conocimiento, y se las abrió á los curas, quienes parece que le administraron lo que llaman últimos sacramentos, sin que el casi difunto lo advirtiera, y con este motivo divulgaron los clericales la noticia de que se había reconciliado con la Iglesia y abjurado del socialismo.

Pero en vez de morir, como todos creían, el Sr. Pérez Solís mejoró, y al enterarse de lo que habían hecho con él, ha protestado en la Prensa, y afirmado que jamás se reconciliará con la Iglesia.

Vengan esos cinco. Es usted un hombre, Sr. Pérez Solís, como son unos marraños lo que divulgaron la falsa noticia.

## Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.

## Perder el tiempo

Así como los católicos fervorosos, convencidos de que para adorar á Dios es útil reunir algunos cuartejos, lo primero que hacen es agenciarse un «pasar» lo más cómodo posible—prototipos de este género de piedad son los Sres. Pidal y Ugarte—los radicales de veras, y en general, maldito si se cuidan de estas pequeñeces: con vivir al día y en la estrechez les basta.

A nosotros, viles materialistas, nos asombran las necesidades sin término ni fin de los ascetas, austeros y pios defensores del altar, del trono y de los grandes monopolios y empresas; en cambio esos espirituales adalides que irán á la diestra de Dios padre sin haber conocido lo que es hambre, frío, desnudez y fatiga, quizá porque juzgan á los demás como ellos son, nos consideran raídos de concupiscencias.

Así, cuando tratan de eliminar—para combatir les falta razón y talento—la pluma, la palabra ó la acción que van, no contra ellos ¡qué disparate! sino contra el régimen social de que se erigieran defensores mediante buenas y «confortables» soldadas, todos sus conatos se encaminan á «sitiar por hambre» al glorioso agraciado con sus odios.

Es decir, que razonan de la siguiente manera: «A mí, espíritu puro, hombre limpio de groseros apetitos materiales, de sórdidas concupiscencias, lo que más me asusta es la penuria; luego á esos protervos hay que destruirlos, aniquilarlos, acorralarlos privándolos de todo bienestar, hasta de lo necesario.» ¡Y la noción que los ahitos, y más si son ascetas, tienen de lo «necesario», es verdaderamente espantosa. Insaciables para sí y para los elegidos de la riqueza á quien sirven, lo son también en el cómputo del mínimo que un ser humano ó una familia demanda para vivir.

Lógicos en este modo de discurrir é implacables como buenos católicos, toda su acción se encamina á reducir la posibilidad de vivir de los réprobos.

Si el réprobo es obrero, procurarán que no encuentre trabajo; si comerciante ó industrial, harán porque no tenga clientela, porque el casero le arroje á la calle; y si se trata de un periódico, averiguarán quién le compra ó está suscripto á él, para ponerle cerco hasta que deje de adquirir la hoja vitanda, con lo que piensan llegar hasta la muerte de ella.

Pero ocurre, primero, que el radical de veras está desde luego hecho á todo linaje de privaciones—¡con ocho reales ó menos Salvochea vivía y luchaba, oh espiritualistas que cobráis cada día cientos de pesetas por defender los privilegios de la riqueza!—, y segundo, que esos radicales, si son obreros, hay que emplearlos por fuerza, porque nadie les supera en habilidad y destreza, y muy poquitos los igualan—desde luego que entre estos poquitos no están los católicos—; si son comerciantes ó industriales, á ellos hay

que acudir, porque no engañan á nadie; si son periodistas ó escritores—¡fuera sombreros de copa y de tejá!—porque sabiendo escribir bien, con gracia, con ingenio, con cultura, no le faltan lugares en que emplear sus aptitudes y su talento.

Pierden el tiempo, y lo único que logran es exacerbar más la acción y la propaganda de aquellos hombres que cuando se consagraron á una idea, comenzaron por desposarse con el no tener, con la pobreza.

Pierden el tiempo, tanto, que no ya los periódicos carlistas ó jaimistas, hasta los simplemente católicos están compuestos, tirados, repartidos y hasta vendidos por obreros rebeldes; de tal modo, que si un día se hiciera deber el no trabajar sino en diarios y semanarios afines al pensamiento del operario, la prensa no radical moriría en España casi por completo. En Madrid, *El Correo Español*, por ejemplo, si podría ser compuesto y tirado, que para algo reclutó amarillos, pero sus diez ó doce mil ejemplares no habría quien los cerrase ni quien los repartiera.

Cuando el cristianismo era ideal de un puñado de hombres, no hubo poder ni persecución capaz de reducirlos ni vencerlos. Hoy estamos igual, con la diferencia de que los perseguidores, ya vencidos en el terreno de la teoría, son los degenerados descendientes de aquellos hombres.

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

## Jesuita torpe

Los franceses tendrán dinero, libertad, república; pero lo que es idea de la justicia, ni pizca siquiera.

¿Pues no han encarcelado á un jesuita en Dijon, sólo por haberse apropiado 13.000 francos en valores de la Renta francesa y del Credit Fonciere, pertenecientes á una dama francesa, la señora Chambrette?

¡Pobre François Montel, que así se llama el hijo de Ignacio! Las veces que le habrá pesado no haberse venido á España, donde sus correligionarios no sufren jamás percance alguno, sea cualquiera el desaguisado que cometan!

Y si lo duda, que se lo pregunte á ese su correligionario que en Santander ha escamoteado últimamente unos millones á los herederos de una señora que temía ir al infierno.

No le han elevado todavía una estatua, pero tampoco está en la cárcel.

## Del dicho al hecho...

En Nápoles ha dado estos días un escándalo formidable un fraile carmelita (de los Teresianos) llamado Salvador Jesta.

El buen hombre no tenía el demonio por donde desecharle. Muy popular entre el vecindario de la Plaza Nazionale al Vasto, las mujeres le consultaban sobre números de la lotería, éxito para las rifas, y para mil brujerías y supersticiones, pues el

carmelita era muy dado á la cábala y ciencias ocultas, tanto, que se tardó mucho en descubrir las combinaciones que se traía con las más bellas hijas de María que frecuentaban su confesonario, á las cuales daba toda la preparación necesaria para que se convirtieran pronto en perfectas madres cristianas.

Las habilidades secretas del fraile no paraban aquí; era caballo de buena boca y entraba con todas como la romana del diablo. Hizo conocimiento con la familia de Germac, en la cual había un niño de diez años llamado Carlos, al cual cobró un afecto tan grande y obsequiaba tanto, que la familia no sabía cómo agradecerle tantas atenciones, mucho más cuando el P. Jesta se ofreció á servirle de profesor gratuito. Empezaron las lecciones, y el niño comenzó á manifestarse triste, con ojeras; su hermana Emilia le interrogó varias veces qué tenía, si estaba enfermo, etc. El niño callaba, y no había medio de averiguar su mal. Por fin un día habló, y refirió las inmundas obscenidades que con él había cometido el fraile. Enterada la familia, lo denunció á los tribunales, y si los carabinieris no andan listos, la multitud indignada hace cisco al buen carmelita cuando le prendieron.

—Bueno, ¿y qué?—dirá algún lector.—Un caso más que agregar á la larga lista de las inmundicias clericales.

—Sí, un caso más, y una prueba más de la castidad y de la pureza de vidas ficticias de gentes que precisamente viven y medran de aparentar lo que no practican.

Los que viven á costa y á la sombra del santuario han hecho un divorcio absoluto de los dichos de Cristo, y de los hechos de ellos.

«Dad lo superfluo á los pobres», y los palacios episcopales y conventos rebosan de riquezas.

«El mayor entre nosotros sea el menor», y los curas dicen continuamente que el pequeño rinda acatamiento al mayor, y que las desigualdades sociales son obra de Dios.

«Difícil es que un vivo penetre en el cielo», y ellos dicen: pagándolo bien todo el mundo puede entrar en el Paraíso.

«Perdonad á vuestros enemigos», y la Iglesia los asesina y los quema.

«Dejad que los niños vengan á mí» y en efecto, los ministros de Dios hacen con ellos lo que el P. Jesta, y lo que han revelado los recientes escándalos de Pallaura, Villorba, Frascati, Trani, Marsala, Viale, Moura, etc., etc.

«Mi reino no es de este mundo», y los sacerdotes y obispos dicen que toda la tierra es suya, y que el Papa es rey y debe tener dominio temporal, y al que no piensa así, lo excomulgan.

«Paz en la tierra», y ellos hacen la guerra á los turcos, judíos, protestantes, liberales, republicanos, modernistas, y á todo el que no les rinde su cerviz ó su bolsillo. ¿Para qué seguir? Baste con decir que el Evangelio y la doctrina de Cristo es la antitesis de lo que practican y hacen los que se llaman sus discípulos y sucesores. Lo que no se concibe es que siendo tan clara y palpable esta contradicción entre los dichos y los hechos, haya todavía innumerables personas que los crean, que los sigan, y que les entreguen su conciencia, su bolsa y hasta su cuerpo. Cuando se ve á un fraile presentarse ante la multitud, pesando ciento veinte kilos, bien vestido, con triple papada, las mejillas echándole fuego, la bolsa bien repleta y la mirada lan-

ando rayos de lujuria, y se le oye decir: «Yo vivo crucificado para el mundo», dan ganas de coger la primera estaca que se halle á mano, y hacer salir corriendo á aquel cínico farsante. Y, sin embargo, las gentes le besan el hábito y las manos, le meten los donativos en el bolsillo, y le entregan niñas frescas y chicos robustos para que los *espiritualice*.

¿Hay espectáculo más absurdo y grotesco que ver á un hombre que se dice sucesor de los apóstoles, abnegados, desnudos y famélicos, morar en un suntuoso palacio, rodeado de servidores, cubierto de sedas y joyas, con la caja llena de oro y el vientre relleno de champagne y pollo con trufas?... Pues, sin embargo, las multitudes se hincan de rodillas ante él, y se disputan como un honor besarle aquella mano atrofiada por la holganza y la ociosidad.

Sí, del dicho evangélico al hecho clerical media un abismo, que, aunque parezca imposible, no lo llena el buen sentido de los fieles. ¡Tan ciegos y fanáticos son!

FRAY GERUNDIO

## La intención salva

¡Con cuanta fe, cuanto entusiasmo y cuantas panderetas iba cantando un grupo de vecinos de Kiwski (Austria) que se dirigía á Tasawa, aldea que distaba de la suya tres kilómetros, á oír la misa del Gallo la última Noche Buena! El camino estaba cubierto de nieve, pero el ardor de la fe que brotaba de sus pechos les hacía no advertirlo.

A poca distancia de su poblado se ven acometidos por unos lobos, y los cánticos de alegría entonados por el nacimiento del niño Dios, se truecan en gritos de miedo y angustia que lanzan las mujeres y los niños, mientras los hombres esgrimen sus garrotes sin poder ahuyentar á las fieras hambrientas.

Se enteran otros vecinos de la aldea, acuden con escopetas, y matan algunos lobos, huyendo los demás, no sin haber destrozado á seis fervorosos católicos, y devorado completamente un hombre, tres mujeres y dos niños.

Respetemos los inescrutables designios de la Providencia.

## Los jaimistas... ¡liberales!!

Este partido, como ningún otro, tiene dos aspectos diferentes. Si se mira de arriba, encontramos masas convencidas hasta el sacrificio, fanáticas tal vez, pero leales á sus principios; ni escudriñan, ni discuten, ni juzgan; obedecen; he ahí su fuerza. Las personas extrañas que ven por este lado el partido, le juzgan potente, disciplinado y capaz de contrapesar radicalismos revolucionarios, viendo á su alrededor un ambiente de honorabilidad capaz de crear juventudes, requetés y demás organismos en que se sustenta.

Si de arriba abajo se mira, vemos los mismos defectos de todos los demás: am-

biciones, camarillas, enredos, difamación de unos á otros y ninguna resolución práctica.

Sus grandes oradores son ensalzados permanentemente por sus periódicos, aplicando todo el vocabulario de frases encomiásticas, y con este espejuelo oratorio pasan cuarenta años en tranquila pasividad.

El entusiasmo y energías de los de abajo se contrarrestan con la indiferencia y apatía de los de arriba, y al sumar ambas cantidades se encuentra el cero como resultado.

Un partido eminentemente guerrero, que siempre está hablando de fusiles y cañones, que rifa pistolas y revólvers en sus fiestas, que no deja pasar un año ni casi un mes, sin provocar, insultar ó disparar sus armas, que se organiza militarmente y tiene generales, brigadieres, comandantes, soldados... que anuncia pomposamente el Tesoro de la Tradición, que llama á su D. Jaime *augusto caudillo*, y á todos aplica alabanzas que harían temblar las esferas por heroicos... si no movieran á risa por ridículos.

Veamos muestras.

*Don Jaime*.—Educado en el extranjero, abandonado de su padre por influencias de su madrastra, regañado con ella hasta el extremo de prohibir á sus *subditos* que la hablen ó escriban, limitado á una renta modesta para su rango, se recluye en Frosdorf cuando no tiene dinero y vive en París cuando puede gastarlo.

No crean ustedes que lo gasta en fusiles para la guerra; prefiere las botellas de «champagne», porque suenan á cañonazos en los reducidos cuartos de Margni, Surem ó Saint Clou.

De las cosas del partido no se ocupa para nada; le escriben, le consultan, le mandan sus proyectos, y... los archiva sin dignarse contestar á sus *esclavos*, que lamen la mano que empuña el látigo con que los fragela.

Cuando háy algo que requiere solución, encarga á sus secretarios de confianza, que son el Sr. Dalfau, en Frosdorf; Melgar, en París, y como entre ambos media una *honesta* distancia, el uno defiende á un grupo, que capitanea el Sr. Feliú, y el otro al capitaneado por Mella, resultan las resoluciones favoreciendo á éstos ó aquéllos, según se dicten en Francia ó en Austria.

La misma armonía existe entre los grupos contendientes. Trata D. Bartolomé de molestar á Mella, y éste se revuelve airado y escribe una olímpica carta de veintión pliegos, en los que dedica veinte y medio á insultar á D. Bartolomé... para que se lo cuente á D. Jaime.

Este se entera y dice: «M'alegro de veros güenos», y releva al insultado don Bartolomé desde París. Si hubiera estado en Frosdorf hubiera relevado á Mella, que no es santo de su devoción hace tiempo... desde que Mella anduvo gestionando que le declarara el gobernador de Madrid propietario de *El Correo Español*, no sabemos con qué fines, porque dió la casualidad que por aquella época

fué como un conspicuo carlista, el señor Bulty, dejó en herencia veinticinco mil duros al Sr. Mella para *El Correo Español*, cuyos veinticinco mil duros todavía están en poder del Sr. Mella, que no quiere entregárselos, porque desconfía del gerente, D. Gustavo Sánchez Márquez. Conste que esta desconfianza no quiere decir que dude de su honradez, sino que teme que al darle esos duros se apliquen al pago del resto pendiente de las obras de la casa de la calle de Pizarro, 14, con las que nunca estuvo conforme el señor Mella, hasta el punto que aún no ha pasado por la calle de Pizarro.

¿Les parecen á ustedes entretenidas estas crónicas? Pues continúen comprando *El País*, que continuaremos con ellas, y advertimos á nuestros enemigos que no se molesten en rectificar sin acompañar fotográfados de los documentos oficiales que citamos (y que no nos dejarían mal si los publicasen), como fotografaron aquellos *famosos* documentos de Portugal...

ROCAMBOLE

*El País*.

## Glorias del carlismo

*Se ha puesto á la venta la segunda Hojita.*

*La lámina representa el fusilamiento de jefes y oficiales prisioneros en Burjasot, el día 19 de Abril de 1837, mientras los carlistas celebraban un festín.*

*Precio: 50 céntimos el ciento.*

## ANGEL MACIAS

Ha muerto en Arévalo, donde nació, rendido á los horrores de una dolencia crónica, pertinaz y cruel, este modesto luchador del ideal, tan repleto de ideas, tan modernamente orientado, tan consecuente, tan irreducible, tan bueno.

Quienes no sepan de toda la enorme marejada de odios, de preocupaciones, de sarcasmos, de fieras hostilidades que en torno á estos admirables paladines oscuros forman la rutina, el estancamiento mental y la fuerza de la mohosa costumbre en esos anchos cercados de proa que se llaman viejas ciudades españolas, no pueden darse exacta cuenta del calvario agrio que, encerrada en ellas, una vida tan llena de ansias, de a helos insatisfechos, como la del pobre Angel Macías, ha de recorrer diaria y forzosamente.

Porque este atormentado espíritu rebelde, de una enorme inquietud mental, progresivo, vivacísimo, había por siempre de estar hundido en un ambiente que le repelía, que no era el suyo, por fuera tiránico de una dolencia que le tenía invalido y por esa otra tragedia de ser pobre.

Sin el bagaje cultural de Angel Macías, sin su amor al estudio, sin su perspicacia, sin su serena visualidad del porvenir, muchos espíritus que á su tiempo no tuvieron las alas atadas por esas fuertes ligaduras

que he dicho antes, han labrado su huerto y de él han cogido frescas rosas y muy sazonados frutos.

Con los artículos dispersos por todos los periódicos republicanos de esas provincias españolas, periódicos que eran su más cándido amor, y por muy contados de este Madrid, que fué la obsesión perenne de sus sueños al ancho horizonte, habría para llenar más de un bien nutrido tomo de sagacísima psicología castellana, por que Macías era, ante todo y sobre todo, un escritor enamorado de su tierra, mejor dicho, un hombre que en fuerza de amarla, la flagelaba constantemente en lo que él creía viciosa corcoba espiritual formada de una constante humillación al pasado tiránico, al yugo del dogma y al señor cacique.

Federal ferviente, pero abierta su alma á todas las más audaces conquistas del pensamiento, heterodoxo sincero, la única vez que la cárcel—él triste y como siempre enfermo—le abrió sus puertas severas, fué por censurar con acre violencia las transigencias católicas de ciertos republicanos.

Y así, con la fe indomable del consciente, ha vivido su vida triste de treinta y tantos años este luchador incansable, que fué hasta ayer lo que malamente le dejó ser el medio, que no es, en verdad, lo que pudo haber sido, y del cual tuve la honra de llamarme su hermano de espíritu.

A. HERNÁNDEZ LUQUERO

Hago mío ese hermoso y sentido homenaje á Macías, que fué uno de los colaboradores más asíduos é ilustrados de EL MOTIN desde hace muchos años.

El que lo firma conocía bien á aquel espíritu fuerte encerrado en tan débil cuerpo.

Pocos hombres han tenido tanto derecho como Macías á figurar entre los mejores.

Descanse en paz el que se vió constantemente en vida roído por los gusanos clericales.

## Ya no voy

Cuenta la *Semaine Catholique*, de Toulouse, que dos religiosas, enfermas y desahuciadas por los médicos, quisieron recientemente ver á Su Santidad, á fin de que pidiese al Señor fuesen curadas; que el Papa hizo sobre las enfermas la señal de la cruz, y apenas había desaparecido el Santo Padre encontráronse curadas, como lo demostraba el hecho de andar sin ayuda de nadie; y añade el periódico que al ser relatado el hecho á Pío X, dijo con la mayor modestia y sencillez: «¡Ved ahí los efectos de la fe de esas jóvenes religiosas!»

Pues si se necesita tener fe para curarse, me obtengo de ir á Roma, hacia donde pensaba dirigirme un día de estos, á fin de ver si me aliviaba un poco de esta frailefobia y clerofobia que padezco desde que comencé á tener uso de razón.

Porque, sin que esto sea alabarme, declaro que no tengo ni un átomo de fe si quiera. Gracias á Dios.

## Lecciones amargas

Los padres romanos podían matar á sus hijas; hoy pueden recluirlas en un convento. Pero este derecho es absurdo; la patria potestad supone obligaciones que no es lícito jamás abdicar. Renunciar un deber es tan antijurídico como pueda serlo reclamar un falso derecho.

Todo menor requiere para sí protección y amparo de sus progenitores. ¿Qué protección dispensa el padre que entrega su hija á una mujer que puede tener sabiduría y capacidad, pero que puede también ser inculta, zafía, incapaz de afecto maternal, que no es imposible que tenga malvados y perversos instintos, para que la encierre entre cuatro paredes, la sustraiga á toda vigilancia, incluso á la del juez, y si muere la entierre en el mismo convento, sin otra garantía de inculpabilidad que un parte oficioso, redactado sin ortografía?

Se dice que las superiores son santas. Pero las santas no sirven para madres, y aun apenas si sirven para institutrices. Una mujer que considera pecado el amor, es incapaz de las maternales ternuras; si no cumple los votos, porque es una hipócrita; y si los cumple, porque es un caso de Patología. El instinto sexual en la mujer es ya una maternidad en promesa. A la monja modelo de Teresa Cepeda, como á la religiosa de Diderot, y aun á la del perspicaz Aretino, le es imposible amamantar á la prole; pero le es imposible también quererla, como les es imposible amarla al fariseo y al eunuco.

Los hombres que nos llamamos circunspectos por no apellidarnos timoratos, nos resistimos á creer que dentro de un convento puedan cometerse delitos y crímenes. Ello no nos consta, pero es suficiente que se cometan necedades, y necedad supina es privar á una adolescente del calor de un hogar, de la esperanza en un cariño y una fecundidad sacrosanta; aislarla en lugares sombríos, aterrarla con perspectivas de eterna é irredimible condenación, flagelar sus carnes con el cilicio y su espíritu con la Metafísica abstracta, y hacer que sus sollozos no lleguen á donde puedan ser oídos por los hombres de honradez y de valentía.

Toda mujer que merece ó usurpa el nombre de madre, debiera vivir á la luz del día y someterse á la vigilancia de que son objeto las hembras que paren con dolor. Toda persona que hace un sacerdocio y hasta un privilegio de su castidad, debiera legar su virginal cuerpo á la autopsia para demostrar la verdad de su aserto. Mientras esto no ocurra, y el claustro siga siendo un arcano, como la cueva de Ali Babá, el vulgo seguirá de por vida poniendo en cuarentena la austeridad de sus habitantes. Jamás la virtud ha necesitado de sombras, ni puede tolerarlas un siglo que ha hecho de la luz y de la verdad el más elevado de sus cultos.

En cuanto á los padres... Un poco de cultura les enseñará que no se dispone de un menor como puede hacerse de un

mueble ó de un perro, y que, en todo caso, será preferible entregar sus hijos á la caridad pública que á la privada beatitud, santidad que no admite fiscales, según sus apologistas, por vanagloria, y según sus detractores, por otras causas que no son de la incumbencia de los cronistas.

ANTONIO ZOZAYA

## ¿Cómo está la Academia!

La Real Academia de la Lengua, en su última sesión, ha elegido para ocupar el sillón que dejó vacante don José Canalejas, al jefe-delegado del carlismo, marqués de Cerralbo.

Tratándose de cosas de la Academia, ya no es de extrañar nada.

Están á la puerta—aunque se hayan, escépticamente, puesto de espaldas—Mariano de Cavia, los hermanos Quintero, Emilia Pardo Bazán, Palacio Valdés, Pío Baroja, Martínez Sierra y otros cien más, que son honor y gala de las letras españolas.

Hay otros tantos que hacen resaltar las grandezas del pensamiento español en Europa. En ninguno de estos grupos se encuentra el marqués de Cerralbo.

Está, cierto es, rodeado de una aureola de sabio, de genio casi. Pero su labor debe de haber sido tan personal y tan secreta, que apenas si de ella se tiene noticia en un círculo pequeño de iniciados.

Confesemos nuestra ignorancia supina y hasta pretérita, pero no sabemos de ninguna obra del marqués de Cerralbo que sea imprescindible en las bibliotecas. Es decir, no podríamos citar título ninguno, porque, sin duda, libros son los escritos por el caudillo tradicionalista reservados sólo al conocimiento de los eruditos sublimes.

Algo hemos oído de discursos históricos y políticos, y de poesías y artículos publicados en *La Ilustración Católica* allá por el año de la mamá de la Ninita; no se nos hace de nuevas un libro que llevaba por título *El Alto Jalón* y otro en que se hacían no sabemos qué investigaciones, muy interesantes para la familia del interfecto, acerca de un obispo. Y pare usted de contar.

Pero más que eso, cien veces más que eso, lo han hecho en España escritores contemporáneos del señor Aguilera y Gamboa, y escritores del día, ante los que el valetudinario favorito de don Jaime es una respetabilísima antigualla. Y á éstos y á aquéllos, con cuyos nombres se podría llenar, honrándola, esta plana, nadie pensó en hacerlos académicos.

Les faltaban algunas imprescindibles condiciones, entre ellas la de ser un prestigio en el carlismo y la de descender de Fernán-Jeremías, noble castellano que, allá en tiempos de Maricastaña, se dedicaba á hacer pucheros en un castillete feudal, y que figura como ascendiente el más antiguo del nuevo académico.

¿Cómo está la Academia!

En una de nuestras últimas sesiones

municipales se discutía si para optar á la plaza de barrendero era necesario saber leer y escribir.

Con el tiempo, no será de extrañar que se entable una discusión parecida en el seno de la venerable Corporación que limpia y fija, con motivo de nombrar á quien ocupe un sillón vacante.

Bastará á los pretendientes una certificación de perfecto neo expedida por la autoridad eclesiástica.

*El Cantábrico.*

## Efeméride castellonense

15 de Enero 1579

En el día de hoy, hace 334 años, previa licencia del obispo de Tortosa y de los jurados de Castellón, establecieron en esta ciudad los frailes dominicos, fundando un convento en el arrabal del Rosario.

Los hijos de nuestro compatriota Domingo Guzmán que nació en Calahorra en 1170, contaron desde dicho día un centro más de predicación y actividades, que, apartando misericordias y piedad, exaltaban los más fieros enconos y persecuciones, no solamente contra la razón y el libre examen, sino contra toda sospecha de heterodoxia. Por juramento de heredad, ciertamente, porque Santo Domingo de Guzmán fué en realidad el fundador de la Inquisición religiosa y la voz que armó el brazo del cruel Simón de Monfort contra los desgraciados albigenses.

El misticismo y la predicación contra los bienes terrenales para ganar la eterna ventura, no fué obstáculo á los dominicos de Castellón para que captaran gran número de predios. Baste decir que á principios del siglo XIX, dicha comunidad, compuesta entonces de siete religiosos sacerdotes, dos legos profesos, un donado y dos criados seculares, poseía en este término y en los de Benicasim, Almazora y Villareal, cinco casas y 569 hanegadas de tierra, huerta y secano, y además cobraban 190 pensiones de censos.

Esto una sola comunidad. Ya iremos publicando en su respectiva efeméride lo que poseían los capuchinos, franciscanos y agustinos de Castellón. La mano muerta, sin la revolución política, se hubiera apoderado de toda la propiedad.

El convento de Santo Domingo, como todos los de España, fué suprimido en 1821; restablecióse en 1823 y después de la extinción de las órdenes monásticas fué destinado á Casa de Beneficencia municipal. Es el mismo edificio que con notables reformas y ampliaciones está hoy destinado á la Beneficencia provincial.

Y lo que son las coincidencias de los hechos. También en un 15 de Enero, 297 años después de la fundación del convento de Santo Domingo, publicóse la real orden (1886) concediendo el título de Excelencia á Castellón por los extraordinarios servicios que sus liberales hijos prestaron durante la tercera guerra civil promovida por el absolutismo, fomentado singularmente por las órdenes religiosas.

*El Clamor.*

Castellón.

## "Fíate... y no corras"

«Vigo 12 (8 n.).—En la parroquia de Matama ha caído una chispa eléctrica cuando estaba el templo lleno de fieles.»

Resultaron heridos el párroco, el sacristán y otros dos hombres.»

(De un periódico.)

Mucho lo lamento  
(¡bien lo sabe Dios!)  
por el cura, el «sacris»  
y los otros dos;  
pero si los rayos  
los produce la  
cólera divina,  
¿quién se explicará  
que hasta en el angusto  
templo del Señor  
éste dé señales  
de ira y de furor?

Ese sacerdote,  
y ese sacristán  
y esos feligreses  
que en el lecho están,  
como consecuencia  
de la exhalación,  
habrán hecho escarnio  
de la religión  
de nuestros mayores,  
para merecer  
el castigo horrendo  
de su padecer?

Yo no lo aseguro  
(¡libreme el Señor!)  
pero me parece,  
piísimo lector,  
una cosa un tanto  
sospechosa, el que  
cuatro defensores  
de la santa fe  
dentro de la augusta  
casa del Señor  
veáase tratados  
con tan gran rigor.

Creo, finalmente,  
que lo mejor es  
dentro de una iglesia  
no poner los pies,  
y cumplir en casa  
con ferviente unión  
los deberes santos  
de la religión;  
y del mismo modo  
tal vez pensarán  
ese pobre cura,  
y ese sacristán  
y esos otros «reos»  
de su devoción  
por haberse fiado  
de la religión...

CARLOS MIRANDA

Esto trae *El Liberal*,  
y no me atrevo a reírme,  
aunque tiene tanta síl.  
Pero añado este final:  
¡Y esta Redacción tan firme!

## Fin de una obra benéfica

La Juventud Republicana de América,  
abrió una suscripción para remediar por

Noche Buena algunas necesidades de los abusos de Vélez-Rubio, y después de distribuir la cantidad que recaudó publicó una *Hoja* en que decía:

La evidente elocuencia de los números justifica nuestra conducta como administradores de ajenos intereses.

Hemos repartido equitativamente, sin distinguos, atemperándonos á la necesidad que cada cual sintiera en relación con la cantidad recaudada, el total de las parciales sumas, que de las caritativas manos de nuestros convecinos pasaron á las nuestras.

Hemos cumplido, á nuestro modo de ver, el compromiso que con todos contraímos. Estamos agradecidísimos con todos aquellos que, comprendiendo la grandeza moral de la idea, aunque pequeña materialmente en nosotros conliraran, aportando á la obra el precioso concurso de su caudal humanitario.

Todos: Abogados, Médicos, Farmacéuticos, Industriales, Comerciantes, Propietarios... debieron contribuir y contribuyeron; sólo algunos, aquellos que enfáticamente se erigen como representantes entre los hombres, de la paz, amor y caridad para con el semejante, sólo aquellos que comprendieron ó debieron comprender, más que ninguno, el fondo moral de nuestra empresa; los que meditaran una y mil veces en la soledad de sus ejercicios espirituales, el alcance infinito de aquellas sabrosas máximas de los doctores católicos, y principalmente de San Basilio, cuando disertando acerca del deber de la beneficencia se dirige al que retiene el excedente de sus riquezas diciéndole: «Como no has de ser tú un ladrón, si tienes por propio lo que has recibido para distribuir á otros? Del hambriento es aquel pan que tú reservas; del descalzo aquellos zapatos que tú dejas enmohecerse; del desnudo aquel vestido que tú encierras en el armario; del indigente aquel dinero que tú escondes bajo tierra; por lo que haces al prójimo otras tantas injurias cuantas son las cosas que podrías darle y no le das.» (1) Esos precisamente, los que defienden y representan las doctrinas de aquellos grandes apóstoles, son los que nos niegan unos miserables céntimos, y con ellos el mendrugo de pan á sus hermanos, en estos días de general contento.

Gracias á los donantes, en el nombre de los indigentes de Vélez Rubio, y en el nuestro propio, pidiéndolos como último favor, que estando próximo á descargar el periódico *sablazo espiritual*, guardéis el golpe con la edificante lección que de estos hechos se desprende.

*Por la comisión*

AGUSTIN SANCHEZ-FERNANDO MORALES

(1) Rom. super illud, Luc. 12: Dextrum horrendum meo.

**LA RELIGION**  
**AL ALCANCE DE TODO**  
POR  
**R. H. de Ibarreta**  
UNA PRIMA

**CIENCIA**  
**Y RELIGION**  
Por Malvert  
85 grabados.—Precio, 1 peseta.

# EL MOTIN



ESPAÑA EN UNA DE LAS GALERIAS DEL CEMENTERIO NACIONAL DONDE YACEN LOS RESTOS DE LOS LIBERALES ASESINADOS POR LOS CARLISTAS EN LA SEGUNDA GUERRA  
Ayuntamiento de Madrid

## EL PRIMER TESTAMENTO CAZADO POR LOS JESUITAS

Si notre premier ami  
n'est pas notre premier du-  
pe, n'en trouverions pas un  
second.

(Balzac. César B'retbeau).

¿Que quién fué el primer jesuita cazador de herencias?

Ese: el primer jesuita: ó sea el Patriarca de la Compañía, San Ignacio de Loyola.

¿Quién fué la primera víctima?

Preguntádselo al personaje judío de Balzac, César Birotheau, quien os dirá: «Si mi primer amigo no es mi primer estafado, no hallaría el segundo».

Y el primer amigo de Ignacio, fué *íga*, es decir, amiga: la reina y estrella de las devotas iñguistas; la que, con alusión á la Madre de Cristo, podría ser saludada con la salutación angélica: «*Bendita eres entre todas las mujeres*», porque así como no hay más que una Madre de Cristo, así tampoco hay más que una *jesuitesa* profesa, la primera y la última, y la única en la Historia, á quien Ignacio incensó con todos los golpes de su incensario llamándola *madre santa*, y la mujer del mundo á quien debía mayores mercedes.

Era valenciana, vivía en Barcelona; hallábase viuda; fué profesa de la Compañía de Jesús, y aun fundadora, cobertera, comadre y comadrona del Instituto, y además su tutora, protectora y pagana. También era parienta del vicescanciller de Aragón y tía de Francisco Ferrer. Y acabó por ser monja del convento de Jerónimas, maneado trastornado y revuelto por Loyola y por Borja.

No sé qué se *hizo* de su cadáver. Quizás fuese una de las momias profanadas por los revolucionarios de 1909. Quizás fuese la pareja que sirvió á Clemente García para su danza macabra, y para llevarle á celebrar la boda en el patíbulo.

¡Son tantos los sarcasmos de la Historia!

Así como el nombre fatídico de *Francisco Ferrer* es el Alfa y el Omega del diccionario de las víctimas del jesuitismo, el uno condenado en Roma en 1546 y el otro en Barcelona en 1909; así como las Jerónimas barcelonesas fueron la mayor preocupación de Ignacio y las protagonistas pasivas de la revolución de 1909, bien cabe suponer que las momias paseadas por las calles en esta fecha, son los cuerpos de las monjas encerradas allá por Ignacio. Porque él y no otro fué el autor del encierro de aquellas desdichadas desencerradas por la revolución.

\*\*\*

Las relaciones entre Ignacio é Isabel se pierden en el misterio. Su marido debió pertenecer á la banda de políticos de segunda fila de aquel tiempo, y aun á la banda de valencianos cortesanos, conocida de Ignacio seguramente por mediación de un pariente suyo llamado Martín Pérez de Azpeitia, que fué el factotum de las haciendas del duque de Gandía. Ignacio enseñó ya á los suyos á buscar, la amistad primero, luego la protección, y por fin el dominio de los militares en boga, de los políticos traviesos, de los curiales más hábiles en el enredo y, sobre todo, de los banqueros, llamados á la sazón *contadores*.

La puerta que le servía para entrar en las arcas del contador, solía ser la devoción de su mujer y de sus hijos.

En Barcelona, estando huido de la Inquisición, y envuelto en el anónimo «sin osar decir quién era, ni de dónde, ni de dónde venía ni á dónde iba, ni qué se proponía», buscó asilo entre unas cuantas damas de cortesanos, que le miraban como á un santo perseguido por la perversa Iglesia. Una de ellas fué la mujer de Mosén Gralla, el Comillas del tiempo, hermano de un almirante del mismo apellido y recaudador de contribuciones de Cataluña, entonces llamado *Maestro racional*.

De esta mujer la historia ha conservado solamente un trozo que diríamos de *furor uterino*. Es una carta, breve como cédula de confesión, enviada á su marido á Flandes, y convertida en estos términos que, por haber tenido la gracia que diremos, no consienten disfraz ni disimulo. Decíale:

*Mossen Gralla:*

*cony meu non mencha palla.*

El lector que ignore el valenciano, satisfíese y quédese sin entender el texto.

Recibió, pues, Gralla el delicioso billete de su mujer; presentóse al Emperador, y se lee. La católica y cesárea majestad celebró con prolongada y admirada risa la cortedad y elocuencia del requerimiento, y díjole al cortesano:

—Anda, á escape á consolar á tu mujer.

La familia Gralla, valenciana también, fué cayendo en poder del jesuitismo. A una de las hijas pescó el jesuita Juan de Zúñiga, profeso secreto de la Compañía, de quien hay mucho que hablar.

Pero, la devota más ejemplar, la reina, princesa y emperatriz de las devotas ignacianas, no fué la Gralla; sino Isabel Roser: que debió entrar en la Compañía antes de nacer ésta, y aún cabe suponer, calculando el tiempo de gestación y de embrionaje de la secta, que Isabel ayudó á Ignacio á concebir y engendrar el prodigioso instituto como más tarde le ayudó á dárlo á luz y aún á costear la lactancia.

Por los documentos ignacianos sabemos que las relaciones entre el Patriarca y la Matriarca, eran ya muy fuertes en 1526, diez años antes de nacer la Sociedad en Montmartre (1535). La última vez que de bieron verse, debió ser en 1536, fecha del último paso de Iñigo por España.

Habían pasado otros diez años sin disminuir, antes bien acrecentándose la afición de Isabel al famoso santo andante! Ignacio estaba en Roma, apremiado como siempre por las mil urgencias de dinero que no bastaban á satisfacer los mil negocios de su agencia romana, ni los mil ce pos y cepillos de sus sucursales.

¡Dinero, dinero y dinero! He aquí la trinidad demoníaco-jesuita, porque es de saber que Ignacio profesaba como norma de conducta y de política esta máxima:

«*Para salvar las almas en Dios hay que usar las mismas artes que el diablo usa para perderlas*».

¿Verdad que es doctrina cómoda esta?

¡Obrar á lo diablo... y acabar en Dios!...

Según esto, loco de atar debió ser Cristo cuando dijo: «no déis crédito á mis palabras, sino á mis obras»; «si mis obras son de Dios ¿cómo me llamáis diablo?». «Por el fruto se conoce el árbol... y el árbol de Dios no puede dar frutos del diablo...» etcétera, etc.

Pero Ignacio, que venía á fundar una *nueva religión* (y así llaman á su secta, con toda intención, los jesuitas), debió discurrir en sus largas noches de meditación, y decirse:

«Al diablo le llaman la *mona de Dios*, porque busca las artes de Dios para adue-

ñarse de las almas... ¿Por qué Dios no ha de responder á tal diablura, haciéndose la *mona del diablo*?»

Y encantado de este prodigioso invento místico, lo escribió como *máxima* de los suyos lo cual viene á significar esto:

«Hay que ser más diablo que el diablo.»

Y, en consecuencia, ¿cuál es el lazo más sutil que el diablo tiende á los Papas, cardenales, obispos y aristócratas?... ¡El Dinero!!

Venga, pues, dinero y más dinero; pero con disimulo; sin que nadie recele la avaricia y ambición de la Compañía...

Y ¿de dónde sacar el dinero, sino de donde está?

He aquí explicado el *secreto jesuita*.

En donde está una peseta, al í está disimulado un Padre ó Hermano, ojo avizor

\*\*\*

Pues bien: Isabel Roser, tenía su dinerillo, pero estaba en Barcelona é Ignacio en Roma, necesitado del dinerillo aquel, Ignacio no podía venir fácilmente á España. Aun cuando llevaba veinte años fuera de ella, su fama no se había borrado.

Precisamente por aquellos días, presentóse en los púlpitos de Madrid un clérigo vestido lo más estrafalario y piojoso del mundo, disparatando de modo que se hizo célebre en toda la Corte.

—¿Quién será este estropajoso?—decían los beatos cortesanos. Y aun se hizo célebre por su procacidad, pues así como años atrás el P. Mon<sup>te</sup> las emprendió desde el púlpito contra ciertas damas palatinas, así las acometía el clérigo aquel, viéndose muchas de ellas forzadas á salir del templo.

—¿Quién será ese?—era el problema de todo Madrid.

—¿Quién va á ser?—comenzó á decir el murmullo popular.—¿Quién va á ser, sino Iñigo, el famoso Iñigo, aquél Iñigo?...

Y de la noche á la mañana el clérigo se lanza á la calle y las emprende á bofetadas con los transeúntes, como Jesús la emprendió á latigazos con los mercaderes del templo.

La algarazara popular no tuvo límites.

—¡Iñigo que se ha vuelto loco!—fué la voz general.

Pero mientras en Madrid se creía que Iñigo se había vuelto loco, el *Micer Ignacio* (que tal se llamaba á la sazón) hallábase en su concha romana con quehaceres muy distintos.

Uno de estos quehaceres, era el *dinerillo* de Isabel Roser. ¿Cómo llevarlo de Barcelona á Roma?

Ignacio halló un medio que la Providencia nos ha conservado.

—Es preciso que Isabel venga á Roma—debió decirse.—Pero ¿cómo y cuándo?

Precisamente en Roma se murmura de los jesuitas y de las mujeres: Isabel es asaz notable para pasar inadvertida... Nuestra amistad no es un misterio...

Y he aquí que escribe á su pariente y Agente Araoz, una carta por demás curiosa, en la cual, involucrando unas cuantas especies del laboratorio místico, viene á decirle:

—Te traes á Isabel... pero que nadie huele la que es por indicación mía... Ella podría disimular el objeto diciendo que viene á Roma con objeto de pedir al Papa la bendición para ir á Tierra Santa. En estando acá, su estancia se prolongaría por cualquier expediente, y...

Y ¡esto!

Algún tiempo después Isabel aparece en

Roma mezclada entra la aristocracia española, y «toda ella jesuita».

A poco tardar se extiende ante un notario un documento: el *primer documento jesuítico*.

Es la noche buena del año 1545. La *madre de Ignacio* va otorgando:

«La muy noble señora Isabel Roser, mujer que fué de Mosén Per Juan Rosel de Barcelona... renuncia con juramento á todas las leyes y fueros en favor de las mujeres... no forzada (*claro está!*) ni engañada (*¿á quién se le ocurre pensar tal?*) sino de su propia voluntad (que tenía renunciada por voto jesuítico)... hace donación, cesión y traslación de todos los bienes, censos y rentas... sobre la ciudad de Barcelona, así muebles como raíces, habidos y por haber...»

¿A quién?

«A Ignacio?—No, señores. A Ignacio no le convenía ser dueño de nada. La sentencia de la Inquisición, debió condenarle á confiscación de bienes, y á muerte civil, según fué confiscado y muerto, y aun quemado vivo su amigo y consocio de Alcalá, Juan de Lucena.

Carece, pues, de capacidad de dominio, está fuera de la ley. Para gozar el dominio necesita la mediación de un tercero capacitado para adquirir y retener.

Este tercero es... ¿quién va á ser?

—Un clérigo de la diócesis de Zaragoza llamado Doctor Miguel Torres, que andaba en Roma metido en pleitos y en negocios, y que, para entrevistarse con Ignacio, se daban las citas de noche, en las afueras de la ciudad y acudía disfrazado.

Isabel dice que le hace donación «por el mucho amor y buena voluntad que le tiene y porque así le place»; pero... ¡extraño amor, extraña voluntad y extraña donación!

¿Será para que el amoroso clérigo aragonés haga de la hacienda lo que quiera, como verdadero señor y dueño?

No, señores; todo ello se hace y otorga para que el doctor haga y disponga... según y como y cada y cuando que el reverendo señor Ignacio de Loyola «mandare y ordenare sin ninguna tardanza» «estando presentes los señores Iñigo López (antiguo nombre y apellido de Ignacio) doctor en Medicina, y Esteban de Eguía (hermano de Miguel, huésped de Ignacio en Alcalá y compañero de cárcel en Granada), clérigos de Toledo (López era beneficiado de Blacos, en Soria) y de la diócesis de Pamplona respectivamente, testigos (jesuitas profeso:) para ello habidos y rogados.»

De modo que la Roser quiere á Torres pero regala á Ignacio...

A causa de esta donación y de la chusca manera de disponer de los bienes y persona de Isabel, el Rdo. Ignacio y su testafierro Torres, comenóse á murmurar en toda Roma y en especial en la Embajada española.

Como ola del mar fué creciendo el alboroto en los centros diplomáticos y en el palacio pontificio.

De esta mar salió una tromba, y la tromba amenazaba caer sobre la naciente secta, que cayó en sospecha de ser una cuadrilla de bandidos.

Los jefes de este terrible complot anti jesuita eran un canónigo de Córdoba, llamado Pedro de Castilla, de la poderosa y noble familia española de este apellido, y

Pedro de Mudarra, no menos noble: ambos oficiales de la curia papal.

Estos revelaron á los romanos que el Maeze Ignacio de Loyola, no era tal Loyola ni tal Ignacio, sino un célebre beato de oficio que con el nombre de Iñigo se había hecho célebre en España, de donde huyó perseguido por la Inquisición y quemado en estatua. Mudarra juraba haber asistido personalmente al acto de la quema en Granada, en 24 de Julio de 1530, siendo entre otros penitenciados, el iñiguista Diego del Castillo, mercader burgalés explotado por los Eguía y por la taifa apostólica.

Otro palaciego, Matías, jefe de posts del Papa, estaba furioso contra Ignacio por ciertas historias de su mujer, y afirmaba ante el propio pontífice que el convento de Santa Marta, era un serrallo jesuita.

Y á esas formidables acusaciones, añadía Isabel Roser sus clamores de que había sido robada y arruinada astutamente, y á voces proclamada su desesperación.

Toda Roma quedó alborotada.

Ignacio escribía luego que no había pasado en su vida mayores congojas, con haber sido tantas las cárceles, huidas, procesos y apaleamientos antes llevados.

Sus apuros fueron enormes y enorme el descrédito de la secta. En Zaragoza los jesuitas eran tratados como foragidos. El arzobispo de Toledo, les perseguía como herejes vitandos y como engendros del Averno.

Entre la horca y la hoguera estuvieron los socios, desparramados por el mundo para no ser cogidos todos en la redada.

Dejando aparte los otros negocios, el de la Roser acabó como todas las trastadas jesuíticas á estacazos.

Después de muchas negociaciones el «reverendo señor Ignacio de Loyola... en cuyas manos Isabel había hecho profesión —única en la Historia— renunció é hizo renunciar al jesuita secreto Torres, la donación, «casándole y anulándola para siempre jamás».

El señorío había durado exactamente un año. La escritura se firmaba el día de Navidad del año 1546.

\*\*\*

No acabó ahí la cosa.

La jesuita Isabel siguió tratando toda vía á Ignacio y sacando dinero, mermando la herencia que iba á parar á su sobrino Francisco Ferrer. Los medios que para tal explotación usaban los jesuitas, á creer al sobrino, entre otros era el procedimiento del gato del confesonario.

El sobrino, como todos los sobrinos de tías jesuitas ó ajesuitadas, puso el grito en el cielo. ¡Otra trapatiesta aristocrática!

Pero, la secta estaba ya bastante organizada, y aceptó la batalla.

En los tribunales y arbitrajes se probó que, jamás jesuita alguno había sacado un ochavo á la Isabel, antes al contrario: le pusieron la cuenta de los gastos hechos con ella, y, por buenas composturas el sobrino hubo de cantar la palinodia, y la tía fué facturada de nuevo á Barcelona donde acabó sus días siendo monja Jerónima...

Era la «madre de Ignacio».

Y de entonces acá, si á la madre del Patriarca la trataron así, ¿cómo no tratarán á las demás, que no pasan de tías, primas, suegras ó nueras?

Lo asombroso del caso es que habiendo comenzado esta industria de los testamen-

tos en 1546, siga todavía en el siglo xx sin que el mundo escarmiente.

¡Así se conservan los timos del cartucho de perdigones, del gato y del entierro!...

«El número de los asnos es infinito y su raza inagotable... como la de los que los montan.»

S. PEY ORDEIX

## Una hermana de la caridad

Mañana y tarde la hermana de la caridad decía sus oraciones sin que el soldado enfermo se moviese, aunque guardando siempre una actitud respetuosa para no chocar con nadie. Muchos enfermos al propio tiempo que la hermana decían las oraciones, ó bien palabras confusas, dando con ello señales externas de piedad, y aun los excépticos movían los labios cual si rezaran, y de todas estas demostraciones resultaba un mosconeó en el que el creador había de separar la fe de la mentira.

Únicamente el soldado permanecía con la boca cerrada.

Al cabo de muy pocos días la hermana notó este hecho. ¿Cómo, aun en el éxtasis y el ardor de la oración, que si es siucera ha de absorber las potencias todas de nuestra alma y los sentidos de nuestro cuerpo, la hermana podía percatarse de lo que cada enfermo hacía? No lo sé. Ello es que la mirada de sus ojos encolerizador y amenazadores dijo bien pronto al pobre soldadito enfermo que había enojado á la hermana de la caridad.

No le agradó el descubrimiento, mas se tranquilizó pensando observar entonces más que nunca el reglamento interno del hospital.

Mas esta ausencia de fe molestaba á la hija de Dios, y un día se acercó á la cama del enfermo.

—Hijo mio, aquí tiene usted este libro piadoso para uso del soldado. Léale, que le hace mucha falta.

—Hermana, agradezco infinito el interés que por mí se toma; pero no quiero engañarla: no leeré el libro.

—Sin embargo, no puede usted rehusarle.

—Pues yo la pido licencia para no tomarle, y repito las gracias por su interés.

Siendo. Un relámpago de horrible cólera beata cruza la faz de la hermana, que atónita de tanta audacia vuelve la espalda murmurando:

—No me equivoqué; este hombre es el diablo en persona...

He dicho que el enfermo observaba escrupulosamente el reglamento, pero toda la buena voluntad del mundo fracasa cuando se ha disgustado el Señor de cielo y tierra ó alguno de los suyos.

Ocurría esto por la tarde; á la mañana siguiente la hermana volvía á hablar con el soldadito.

—¿Por qué fué usted á lavarse antes de hacer su cama? El reglamento dice

bien claro que la cama se ha de hacer antes de lavarse...

—Hermana, desde hace quince días vengo lavándome antes de hacer la cama y nadie me dijo nada.

—No por eso deja usted de ser culpable de una infracción... ¡Cuatro días de dieta!

¡Cuatro días de dieta, impuestos por una hermana de la caridad, por su mandato, y contra las órdenes del médico a un pobre enfermo en cuya hoja se lee: *Anemia por consecuencia de un flemón profundo en el cuello!*

¡Aprobaréis, cristianos, que para salvar un alma a despecho de ella misma, en nombre de Cristo se agrave la anemia de un anémico!

JORGE CLEMENCEAU

## Una vergüenza

Hacía ya algún tiempo que venía anunciándose una gran fiesta para celebrar el centenario de un tal Francisco Puig y Alina, y estaba ya intrigado por conocer los pormenores de aquel bombeado acto.

La sorpresa é indignación brotaron de mi pecho al leer la historia que del mencionado sujeto hizo *El Correo Catalán*, pues según dicho relato el Puig figuró en las filas de los enemigos de la Libertad, aunque luego para conseguirla, cuando estuvo emigrado, ofreció un cirio á la Virgen de Montserrat.

Pero mi indignación subió de punto al saber que el individuo á quien se dedicaba la fiesta era un *trabucayre* de la pandilla de *Mossen Benet*, el infame cabecilla que atropelló brutalmente á mi abuelo.

El me contó que una vez fué detenido para que sirviera de guía á las hordas de aquel cura cuando entró en Monistrol de Montserrat, y una vez en la población, presencié la miserable persecución á que se entregaron los carlistas con las mujeres y niñas que llenas de espanto huían en paños menores por aquellas calles, y á las que no respetaron ni aun en presencia de sus padres y de sus maridos.

Horrorizado de aquel espectáculo se fué á dar cuenta al general, quien se hallaba recreándose en una casa llamada *La Creu*, y le contestó con mucha flemma:—*Dejad que se diviertan los pobrecitos, que bastante han pecado por entrar.*

Y desde aquella fecha miraron á mi abuelo con un odio feroz por haber exteriorizado sus sentimientos humanitarios.

Algunos vecinos, temiendo que les robaran algunas armas que poseían, las enterraron en la finca de mi abuelo ya citado, y habiendo llegado la confidencia á oídos del cura cabecilla, mandó detenerlo y llevarlo á un monte donde hay el llamado túnel del *Grauhet*, ordenando á sus esbirros que con un tronco de roble cargado de retoños le dieran 50 palos, dejándole la camisa y cuerpo estropeados y cubiertos de sangre y abandonándole, casi muerto, sobre un montón de piedras, sin que Francisco Puig tuviera un momento de lástima si no fué uno de sus mismos verdugos que se alegraban saciando sus criminales instintos.

Otra vez fué también preso porque, requerido para ello, llevó un jefe montado en su asno. Lo condujeron á Mura, donde negaron á las diez de la noche sin que le dejaran comer en todo el día, y porque

pidió algo para reponer sus fuerzas, le contestaron que debía esperar, pues primero querían estar bien satisfechos.

Cuando hubieron engullido sendos trozos de carne de unos carneros que robaron á un pastor, le hicieron entregar el poco dinero que llevaba—una peseta—con el pretexto de venderle un poco de carne, que asaron, y mientras esperaba que se enfriara, la tiraron por la ventana, dándola á los tocinos. Luego le dejaron hambriento en medio del monte y en la oscuridad de la noche.

Estos hechos que sucedieron á un individuo de mi familia dan una pequeña idea de la conducta criminal observada por los llamados defensores de la religión y del tradicionalismo. Por esto se subleva mi ánimo y suben á mi rostro los colores de la vergüenza al contemplar cómo se festeja y halaga á un partidario del infame *Mossen Benet*, que si ha vivido muchos años, será sin duda para confirmar el dicho de que *male herba may mort*.

Los enemigos de la libertad ajena, los absolutistas que cifran su dominio con ahorrer al prójimo para vivir ellos á sus anchas, aprovechan todas las ocasiones para presentarse como victoriosos ante los hombres de ideas avanzadas y hacer creer que poblaciones en realidad muy progresivas permanecen uncidas al carro de la reacción.

San Vicente ha demostrado en diversas ocasiones que detesta á los eunucos, y mal que les pese á los súbditos de *Mossen Benet*, Cucala, Savalls, Samaniego, y demás entes de execrable memoria, la Libertad mantendrá enhiesta su bandera sobre las ruinas de la Inquisición y la barbarie.

UN VECINO

San Vicente de Castellet 7 Enero 1913.—*La Montaña Republicana*.

## EL JUEGO

Los jugadores juegan como los enamorados aman, como los beodos beben, necesaria, ciegamente, bajo el imperio de una fuerza irresistible. Hay seres consagrados al juego como hay seres consagrados al amor. ¿Quién, pues, ha inventado la historia de los dos marineros poseídos de la locura del juego? Naufragan después de terribles aventuras y sólo pueden escapar á la muerte saltando sobre el torso de una ballena. Inmediatamente sacan del bolsillo los dados y los cubiletes y se ponen á jugar.

He aquí un cuento más verdadero que la verdad. Cada jugador es uno de esos marineros. Hay en el juego algo que remueve terriblemente las fibras todas de los más audaces. Tentar la suerte no es una voluptuosidad mediocre. No es un placer sin embriaguez gustar en un segundo meses, años, toda una vida de temor y esperanza.

Aun no tenía yo diez años cuando el profesor M. Grépinet nos llevó en la clase la fábula del *Hombre y del Genio*. A pesar del tiempo, recuérdola mejor que si la hubiese escuchado ayer mismo. El genio le entrega al niño un ovillo de hilo y le dice: «Este hilo es el de tus días. Tómallo. Cuando quieras que el tiempo se te deslice, tira del hilo; sus días circularán rápidos ó lentos según hayas desenrollado el ovillo presta ó remisamente. Mientras no toques el hilo permanecerás en la misma hora y estado de tu existencia.»

El niño tomó el hilo; en seguida tiró de él para convertirse en hombre, luego para casarse con la novia amada, después para ver crecer á sus hijos, para obtener empleos, dinero, honores, para olvidar cuidados, evitar sufrimientos, enfermedades sobreenvenidas con la edad ¡en fin! para terminar la vejez importuna. Vivió cuatro meses y seis días desde que le visitó el genio.

Y bien ¿qué es el juego sino el arte de experimentar en un segundo las mudanzas que el destino necesita de ordinario muchas horas y aun muchos años para producir; el arte de sentir en un solo instante las emanaciones dispersas en el lento vivir de los otros hombres; el secreto de vivir toda una vida en algunos minutos, en suma, el ovillo de hilo del genio?

El juego es la lucha cuerpo á cuerpo con el destino. Es el combate de Jacob con el ángel. El pacto del Doctor Fausto con el diablo. Se juega el dinero—el dinero—esto es, la posibilidad inmediata, infinita. Posible es que la carta que se va á tirar, la bola que rueda, conceda al jugador parques y jardines, campos y bosque, castillos que dirigen al cielo sus torrecillas puntiagudas. Sí, esa bolita rodadora contiene muchas hectáreas de rica tierra, tejados pizarreños de esculpidas chimeneas, que se reflejan en las ondas del claro día; tesoros artísticos, maravillas del gusto, alhajas prodigiosas, los cuerpos más hermosos del mundo, hasta las almas que nadie creería venales; todas las condecoraciones, todos los honores, toda la gracia y todo el poder de la tierra. ¿Qué digo? Resume mucho más que eso: encierra el sueño. ¿Y queréis que no se juegue?

Si el juego no hiciera más que conceder esperanzas infinitas, si sólo mostrara la sonrisa de sus ojos verdes, se le amaría con menos rabia. Pero tiene uñas de diamante, es terrible; cuando le place da la miseria y la vergüenza: por eso se le adora. La atracción del peligro radica en el fondo de todas las grandes pasiones. Su voluptuosidad produce vértigo. El placer mezclado de temor embriaga. ¿Habrá algo más terrible que el juego? No: el juego da, toma; sus razones no son nuestras razones. Es mudo, ciego, sordo. Lo puede todo. Es un dios.

Es un dios, Tiene sus devotos y sus santos que lo aman por él mismo, y que lo adoran cuando les hiere. Si los despoja cruelmente, impúntase la falta á sí mismos, no se la imputan á él.

—«He jugado mal», dicen.

Se acusan, y no blasfeman.

ANATOLE FRANCE

## Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999,  
POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona  
DON JUAN LAGUARDA

ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

## ARTÍCULOS FIAMBRES

*He recibido varias felicitaciones por la reproducción de artículos míos publicados hace tiempo.*

*Lo celebro, y diré las dos razones principales que tengo para publicarlos:*

1.<sup>a</sup> *Porque se enteren los lectores nuevos de algo de lo que he dicho, y lo comparen con lo que ahora digo, para que vean que no he variado nada en lo fundamental de mi campaña.*

Y 2.<sup>a</sup> *Porque siempre he deseado, y lo deseo todavía, dejar recogido en tomos lo que yo quisiera que quedase de mí, para SEGUIR PELEANDO DESPUES DE MUERTO, como el caballero de que habla Ariosto; pero como no tengo la seguridad de poder hacerlo, quiero, por lo menos, dejar reunido el mayor número de artículos que pueda en dos ó tres tomos de EL MOTIN, por si, cuando yo liquide, alguien puede y quiere encargarse de darme esa satisfacción postuma.*

### El gran escándalo

¡Cómo gritaba la mayoría! El que pasara por la calle sin saber qué edificio era aquél, tomaría el Congreso por un manicomio insurreccionado.

Cada palabra de Pi y Margall promovía una tempestad. ¡Como que daba en el blanco, hería en la llaga, hacía el proceso de la restauración en la forma que vengo yo pidiendo! ¿Que llevó allí los rumores de la calle? ¿Y de dónde mejor?

No pudiendo refutar los monárquicos sus argumentos, se echaron como fieras sobre el cadáver de la república del 73 y en él se cebaron.

«Que si hizo esto... que si ocurrió lo otro...» Todas las vulgaridades de la escuela reaccionaria puestas al servicio del miedo; porque en el fondo, miedo fué todo aquel alarde de valor... pulmonar.

La república ¿quién lo duda?, cometió varias faltas. De todas se habló el jueves, abultándolas y exagerándolas; sólo una se les olvidó echarle en cara: la de no haber mandado á presidio (si la cosa no daba más de si) á una docena de conspiradores, y á un par de centenares de ladrones, aplicándoles las mismas leyes de la monarquía. Con tan sencillo procedimiento se hubiera salvado, y hoy solicitarían servirla de rodillas los que la atacan.

Mas aun suponiendo que hubiera sido todo lo que dicen los monárquicos, ¿probaría esto que la monarquía es buena? ¿Borraría los agios, las estafas y los robos que á su sombra cometen los que entran á su servicio sin camisa y hoy son potentados?

Torpes, incapaces, y á más de esto

cándidos y confiados fueron los republicanos; pero que se cite uno solo que se enriqueciera el año 73

Mas volvamos al escándalo.

El que más y el que menos de los que chillaban, ha medrado injuriando á los Borbones. Por esto procuraban comprar con intemperancias y ardores de neófitos patente de adictos. El arrepentimiento es virtud intransigente cuando se refugia en el estómago.

Y como las palabras de Pi equivalían al *Mane, Thecel, Fares* bíblico, ellos, los sentados al festín de la restauración desde 1875, temblaron de espanto, que se tradujo en infernal gritería.

Secunden todos los diputados republicanos la campaña iniciada por Pi, y cumplirán con el deber contraído al ir al Congreso.

Julio 1886

### Devoción de moda

Cierta dama de la llamada buena sociedad formulaba así el presupuesto anual de sus gastos:

Alquiler del hotel.....	5.000 duros.
Servidumbre y coches...	3.000 »
Teatro Real.....	1.000 »

Y después de diversas partidas, consignaba al final las dos siguientes:

Gastos de devoción.....	2 000 ptas.
Caridad y beneficencia...	500 »

Como esa individuo existen en nuestra aristocracia centenares de señoras que tienen por menos importantes los asuntos de religión que los del modisto ó peluquero. Y se consideran muy católicas, y se las ve siempre por las iglesias y figurando en las cofradías de rumbo.

Rechazarán, eso sí, el calificativo de beatas, pero juzgan de buen tono asistir á las funciones religiosas en que abundan las colgaduras de terciopelo y las arañas de cristal, donde hay buena orquesta y regulares cantantes.

En tales fiestas, como son por invitación especial, no tienen que rozarse con las clases humildes, que, aunque vayan al templo con mucha fe, no suelen ir bien de ropa.

¡Pobres beatas de medio pelo! Son el blanco de los epigramas de esas otras de alto bordo. ¡Cómo se rien de su devoción, que, aunque ridícula, es sincera y la sienten con toda su alma!

A la católica elegante no hay que pedirle fervor, sino apariencias fervorosas. Harto hará si no convierte la iglesia en tertulia íntima, donde entre sonrisas excitadoras conversa con sus amigos más ó menos íntimos.

Allí, para ella, de lo que menos se trata es de rezar, sino de concurrir á un sitio de moda donde se pasa la mañana lo menos aburrida posible. Como á esas horas no hay teatros, ni bailes ni reuniones y es cursi dedicar la mañana á compras, en algo se ha de emplear el tiempo hasta la hora de almorzar.

Pasada ésta, ni se acuerdan del templo, ni del devocionario, que acaso sustituyen por la última novela de Zola, ni

de nada que con la religión se relacione.

Son partidarias del justo medio: ni muy devotas, ni tampoco muy apartadas del culto externo.

Esa es la síntesis de la religión que hoy priva en nuestra aristocracia. Ir á la iglesia cuando se la ponen muy arreglada; tener un confesor que no sea muy severo con ciertas fragilidades, y de cuando en cuando organizar algún baile ó concierto á favor de los pobres, para entregarles á son de bombo y platillos unas cuantas pesetas cantadas y bailadas.

Tal es la piedad de moda.

1891

## Independencia periodística

A Luis Bonafoux

Varias veces he dicho que no soy vanidoso, y lo he demostrado rechazando cargos y representaciones; pero nunca afirmé que no fuera orgulloso; y me alegro, pues así puedo ahora, sin contradecirme, copiar lo siguiente que has escrito:

«Con motivo de un escandaloso incidente surgido entre dos periódicos de Madrid, incidente que en otro país hubiese dado margen á una *enquête* periodística, Nakens ha podido escribir:

«Si EL MOTIN había de alcanzar gran tirada callando ante la injusticia, ocultando la verdad, recibiendo sumiso admoniciones de la gentuza nea, ¡bien haya este mi orgulloso acomodamiento con el modesto pasar, que me da la independencia tan necesaria al escritor para cumplir su misión honrada! ¡Bien venidas sean las contrariedades; benditos los apuros que me permiten exolamar:

*Yo, soy yo. No lo que otros quieren que sea!»*

«Sin llegar, por imposible, al puritanismo de un Louis Blanc, quien no publicaba anuncios en la cuarta plana de su periódico sin enterarse de si los anunciantes eran fidedignos y de si las cosas anunciadas eran realmente lo que rezaban los reclamos, creo que todo periodista tiene el deber de poder decir lo mismo que ha dicho Nakens. Pero... ¡cuán contados son los que pueden decir otro tanto en toda España! ¡Cuán raros los periodistas independientes, dignos, honrados! Periodista español no sólo es, como he dicho en *Vida Nueva*, sinónimo de *criado*, sino que generalmente es sinónimo de *canalla*, de alma baja, rastrera é ingrata. Con raras excepciones, á lo Nakens, el periodista español es un trapo que sirve para sacudir el polvo de la mesa de la redacción, lo mismo que para limpiar la tapadera del retrete de donde el director de la publicación informa al público.

«Nakens no nació para esos oficios. Con mucho talento, con pluma tan vibrante como enérgica y con conciencia cerrada á toda suerte de acomodamientos con el adversario, Nakens no podía *hacer carrera* en la capital de las componendas, de las *combinas*, de las farsas, de los distinguos, de todas las escorias que forman la entraña social de Madrid; y abandonado de los suyos, de los mismos que tenían el deber de alentarle y sostenerle en la brega, Nakens, á la edad en que el hombre busca descanso, á la edad en que *todavía* no se es viejo, sin ser *ya* joven, tiene que pensar diariamente en el día de mañana y trabajar rudamente para vivirlo.

«Escaso consuelo es para la mayoría de

los periodistas, pero acoja Nakens el respeto que le tributan amigos y enemigos.

«Más de una vez he pensado en medio de la pobreza y soledad de mi vida, que Nakens ha llamado á la puerta de casa, que he visto su fisonomía de rudo combatiente á través de la verja que me separa del mundo, y que yo, en quien es casi morboso el deseo de apartamento, he salido de prisa á recibirle en mis brazos; que le he dado sitio en mi pobre casa y en mi escasa mesa, y mi pluma para escribir, honrándola, todo cuanto piensa y siente; que le he cuidado como se cuida á un herido en el combate de la existencia, y que he ido en busca de las mismas gentes de quienes sistemáticamente me aparto, para decirles alborozado y orgulloso:

*Tengo á Nakens en casa.»*

Te explicarás ahora, Bonafoux, cuán grande es mi orgullo, al ver que necesito para satisfacerlo cosas como esa que me dices. Porque grande sería, en efecto, para mí, representar la escena que pintas.

Llegar cansado, vencido á la puerta de tu casa, echarme en tus brazos y decirte: «Aquí me tienes. Vengo á acabar mis días lejos de España; no por imitar al latino de: «Ingrata patria, no poseerás mis huesos», sino por tener la seguridad de que me cerrará los ojos un hombre que tampoco creyó nunca en la omnipotencia del dinero, ni se humilló ante el éxito ni hipotecó su independencia...» Sería un llegar, un abrazar y un decir digno de los dos.

Mas como para esto era preciso que yo me rindiese, y aspiro á que, ya que no otra cosa, pueda decirse de mí aquello de

*fué el de la muerte su primer desmayo,*

sospecho que no se presentará ocasión de que tu pluma y la mía, de las que pudiéramos decir lo que Quintana de su lira,

*Lira que nunca adormeció á tiranos,*

corran juntas en un modesto despacho de una modesta casa de los alrededores de París. Y es una lástima, porque saldría perfectamente juzgada la chusma que ha puesto en trance de muerte á esta nación desventurada.

Y dicho esto, voy á referirte algo que hice yo allá por el 79, pues viene á cuento aquí; hecho que había olvidado, y que me recordó Manuel Troyano hará cuatro ó cinco años.

Era propietario de *El Globo*, por venta que le hizo su fundador Serapio Diez, un señor que no carecía de ilustración pero extraño al periodismo, y que había nombrado director á Martín de Olías.

Una tarde estábamos reunidos en la redacción Troyano, Arimón, Eduardo Palacios, Antonio del Val, el propietario y yo.

Del Val, uno de los hombres más buenos y mejor educados que he conocido, se ocupaba de la crítica musical; recayó la conversación sobre música, y yo continué escribiendo, por entender poco de ese arte.

El propietario, gran aficionado, y que además quería apoderarse de la butaca del crítico para coquetear entre bastidores, convirtió la discusión en disputa y lanzó alguna palabra poco diplomática.

Alcé la cabeza y, sin mirarle, le dije á del Val:

«¿Para qué discute usted con ese señor?»—¡Cómo! exclamó el aludido; ¿no puedo yo tener voz en mi periódico?—No, señor; ni voz ni voto. ¡Pues no faltaría ya más sino que permitiésemos que los propietarios discutieran con los redactores! Conténtese usted con pagar, único lazo que debe existir entre usted y nosotros; y cuando quiera hacer observaciones sobre el trabajo de alguno, que sea siempre por conducto del director, única autoridad que reconocemos.»

Comprenderás, Bonafoux, que intercalé en ese texto algunos calificativos que no se distinguían por su corrección ni me acreditaban de prudente; tanto, que en poco estuvo que no saliéramos de allí apadrinados el propietario y yo. A los pocos días me echaron de *El Globo*.

He referido este episodio de mi vida periodística, para darte una idea de la pena con que veré, ó, mejor dicho, sabré lo que por esas redacciones ocurre hoy.

El propietario es para la mayoría de los redactores una especie de Gran Lama. Se procura agradarle, no sólo por ver si al cabo de cinco ó seis años de inmaculados servicios se digna aumentar cinco duros á los de plantilla, sino por no incurrir en su enojo, que se traduce casi siempre en cesantía.

Eso es vergonzoso, pero consecuencia lógica de esto otro: hoy el periodista es un jornalero. La altivez que nace de la convicción, el respeto que inspira el que se respeta á sí propio, la independencia que se basa en el conocimiento del propio valer, ¿cómo han de sentirlo ni imponerlos esos desdichados que van de un periódico republicano á un conservador, desde éste á un carlista, ó á un liberal, ó á un ultramontano, y en todas partes hacen labor fría, sin pasión, como la mujer pública se entrega automáticamente á todo el que le paga á precio de tarifa?

Lo primero que pierde el que esto hace, es la estimación á su persona; desprecia después las ideas, por suponer que todos las profesan al modo suyo; se convence de que moralmente es un zascandil é intelectualmente un alquilón, y, ya en ese estado, únicamente se cuida de la manera de sacar un sobresueldo, ya vendiendo el elogio, ya cotizando el silencio, y todo para comer patatas en su casa si tiene familia, ó un trozo de carne en un café ó taberna si no la tiene. Desgraciados que arrastran una vida miserable é indigna, pudiendo en otra ocupación hallar sin vilipendio lo que necesitan para no morirse de pronto.

Los otros, los que ocupan los puestos más preminentes en las redacciones, tampoco, en su mayoría, sienten hondamente las ideas que defienden; de aquí que nuestra prensa canse y aburra, y únicamente se busque en ella la noticia de la guerra, del crimen, del suicidio; lo que distrae ó apasiona por la mañana y á la noche se olvida. Estos redactores alcanzan actas, puestos en consejos administrativos, entradas en los teatros,

facilidades para muchas cosas menudas; se acomodan á este modo de vivir, pasivo hasta cierto punto, y lo mismo mueven la pluma en favor que en contra de un hombre ó de un partido; el interés del periódico en que escriben les impone invariablemente la norma de conducta.

Esto es hoy, Bonafoux, la prensa en España, con pocas excepciones de periodistas y menos aún de periódicos. Y como yo no sirvo para ponerme al diapason; como prefiero á todo la hermosa independencia que tanto cuesta, pero que tanto encanta; como soy tan perfecto egocista que pienso en mí antes que en mi conveniencia; como sospecho que aun cuando quisiera no podría escribir sino lo que siento, no es realmente en mi gran mérito hacer lo que hago.

Alguien me ha dicho que estoy pasado de moda, y pocas veces he sentido satisfacción mayor, pues si la moda es lo otro, lo que hace el mayor número, me hallo tan elegante con el figurín atrasado de las ideas que profeso, que únicamente siento no ser joven para poder lucirme durante muchos años más con él.

1899

## Los mendigos del orden

Cada vez que la fatídica palabra revolución se pronuncia, los ilustres miembros de la mendicante clase burguesa que plumea, gastan en el lavado de la ropa blanca más de lo que buenamente pueden. Caritativo siempre con los desgraciados, voy á tranquilizarlos, diciéndoles:

«¡Oh aristocráticos abonados al garbanzo, la patata y demás comestibles envilecedores! ¡Oh elegantes conservadores de gabanes raídos y botas ventiladas!

Comprendo que la idea de la revolución os asuste, porque si viniera os arrebataría violentamente vuestros soberbios castillos... en el aire y vuestras extensas y pingües tierras... en la Habana.

Me explico que tiritéis de miedo al referir á vuestras mal pagadas patronas ó á vuestras hacendosas y económicas conyuges los horrores del día apocalíptico en que los revolucionarios entren en vuestras suntuosas viviendas á apoderarse de vuestros cubiertos de metal blanco y vuestras artísticas pulseras de real y medio, quemando después lo que no puedan llevarse; vuestras riquísimas vajillas de Talavera; vuestras desvencijadas sillas de Vitoria y vuestros magníficos catres de tijera y chinches.

No desconozco que es para asustaros la idea del robo de uno de esos Bancos donde no tenéis ni esperanzas de tener nunca un ochavo; lo mismo que el ver dueños de la vía pública á hombres de caras patibularias, contrastando sus andrajosos trajes con vuestras veteranas levitas raídas por el trato frecuente con el cepillo y arrugadas por las borracheras de espíritu de vino que han tomado muchas mañanas para borrar su procedencia manchega.

Por esto no me extraña que vociferéis contra los criminales que pretenden subvertir este orden de cosas, que os asegure la pacífica y constante posesión del chocolate de á peseta y el estofado de judías; si bien debo advertiros que exageráis algún tanto y os ponéis en ridículo, no obstante ser hombres de talento... negativo.

Lo que me ofende, pero mucho, es que os hayáis dejado dominar por el miedo hasta el punto de olvidar que yo velaré por vuestras vidas y haciendas aquel día, exigiendo á los revolucionarios que se limiten á hacer justicia en las personas de valer é influencia que hayan disuelto Cortes, fusilado liberales, asesinado en las calles, etc., etc.

Y como mientras las corrientes vayan por ese lado y se prescinda de peleles, traidorzuelos y aduladores, nada podéis temer, tranquilizaos, pobrecillos, tranquilizaos, y no perdáis el tiempo en pintar horrores imaginarios, á menos que no obréis así para alcanzar un destinito ó una credencial de diputado cunero en las próximas Cortes, pues en tal caso nada tengo que decir.

Cada cual es dueño de buscarse el panecillo con toda la ignominia que quiera.

188,

## Bravatas del miedo

Habla un periódico de la situación:

«Dice *La República* que los conservadores estamos para caer.

Si ustedes se levantan, caeremos los conservadores...

Sobre los republicanos»

¿De dónde tanta valentía, jindamones del Pardo? ¿De cuándo acá se ha despertado en vosotros el valor que nunca tuvisteis más que para fusilar á hombres que no habían hecho armas contra nadie, preparar emboscadas sangrientas y apañar estudiantes indefensos?

Podéis ¡vive Dios! envaneceros con vuestro abolengo de matones. No hay una página en vuestra historia que no revele crueldad, secuela del miedo.

En ningún caso difícil habéis mostrado serenidad ni valor. Cuanto habéis colubrado la sombra de un peligro, habéis pedido amparo al silencio ó lo habéis buscado en la fuga.

¡Caer sobre los republicanos! No sería tan fácil como creéis si llegaran á levantarse un día. Que no lo hagan debéis desear, pues como se decidan, ¡adiós conservadores!

Figurémonos por un momento que se han levantado; que en un día recibe el gobierno diez, doce ó veinte telegramas anunciándole la buena nueva de partes distintas, y que no sabe adónde atender.

En los primeros momentos, amenazas, prisiones, tropas por las calles, propósito de hacer y acontecer; á las pocas horas desanimación, atolondramiento, precauciones personales; al otro día, si las noticias son desfavorables, alcaldadas, preparativos de fuga; y al otro, si sufren algún

descalabro gordo, desapariciones, disfraces y olores sospechosos.

¿Y lo que tienen obligación de defender? ¡Bah! Que se las arregle cada quisque como pueda. ¿Acaso el 68 se sacrificó ningún ministro por D.<sup>a</sup> Isabel?

Aun cuando figurado, el programa de la función no variaría gran cosa; quizás habría que aumentar el espectáculo de algún conservador demandando ablergue á un republicano; á otro arrodillado pidiendo perdón al Pueblo que insultó villanamente en la prosperidad; pero esto serían accesorios sin importancia.

Por lo tanto, conservadores, comed tranquilamente mientras os dejen, y no provocad á los que, si algún día dijeran «allá vamos», sería para no dejar títere (léase conservador) con cabeza.

1890

## El sueño de mi vida

He sostenido una labor ruda cerca de un cuarto del siglo para traer á la realidad al partido republicano; me he puesto al lado de los que parecían más dispuestos á hacer la revolución; he predicado y defendido ya la coalición, ya la unión, ya la fusión; no he transigido con nadie ni con nadie que se opusiera á la inteligencia común; no he retrocedido ante ningún sacrificio para llegar á ella... Y aun después de estar plenamente convencido de que nuestras divisiones eran punto menos que irreductibles, he agotado los medios de que disponía para ver si era yo quien se engañaba...

«Y mientras por el camino del comité buscaban algunos republicanos concejales, por el de los directorios diputaciones y por el de las asambleas jefaturas, es decir, influencia, consideración, y algunos miedo, yo imitaba á los muchos correligionarios que se pasaban la vida, nunca desesperanzados, animosos siempre, acudiendo á todos los llamamientos, defendiendo programas petrificados ó incomprensibles, cándidos hasta creer cuanto les decían, perseguidos, desdénando posiciones, para caer al fin abrumados por los años y quebrantados por la pobreza, lanzando por toda queja estas palabras: «¡morir sin verla!»

¡Y cuántas veces, en esta labor de años, viendo venir á tierra cuanto me rodeaba, admirándome de lo inagotable que es la imbecilidad humana, sólo, mal juzgado, cuántas veces, Diógenes de estos tiempos, he ido con mi linterna buscando un nombre en el partido republicano, dentro de la tendencia revolucionaria! ¡Y con cuánta desesperación y amargura la he ido apagando sucesivamente, sin dejar por esto de encenderla cada vez que vislumbra una esperanza nueva, para acabar contentándome ahora, como el griego, conque no me quiten el sol, esto es, la libertad!

¡Y cuántas ilusiones por tierra! Cuántos sueños desvanecidos! Una República traída por la revolución, dura, sangrienta, pero justiciera, sana; un estado de derecho en que todos cupiesen, pero reser-

vando los primeros puestos á los mejores; un gobierno de ilustrados y enérgicos, con voluntad á la altura del entendimiento, sin mezquindades en el sentir ni escrúpulos nimios en el ejecutar; República que después de derribar lo ruinoso se dedicara á construir lo magnífico, que después de cortar lo gangrenado cicatrizase con solicitud lo vivo... Con esta República soñaba yo. Y sueño todavía.

Si, sueño con ella: aspiro á una revolución que lo vuelque todo, brutalmente justiciera, sin respetos para lo legal injusto, y con hambre de reformas salvadoras, y porque llegue combate sin descanso. Mas como la libertad peligra, aceptaría la República con los hombres que la traieran, sin volver la vista atrás. Y una vez reestablecida, procuraría, en unión de cuantos pensarán como yo, impulsarla hacia adelante. Y si ni esto lográramos, quedarla patentizado que menos aún habríamos servido para traerla y después consolarla. En funciones los poderes amovibles y responsables, solamente de nosotros dependería el matiz de la República. Con sufragio universal, Constitución reformativa y poderes amovibles, si el pueblo no iba adelante sería porque no quisiera. Y yo creo que quiere. Por esto no me inquieta el porvenir.

Ha sido necesario que el carlismo amenace acabar con la libertad, para que me haya decidido á hablar de este modo. Sobre mis convicciones, sobre mis deseos; está el peligro que la libertad corre, y el anhelo, natural en quien se ha pasado la vida defendiendo una idea, de verla triunfante, aun cuando no sea por completo.

1897.

## Remitido

Sr. Director de EL MOTIN:

Muy señor mío: Ahora que se trata de conmemorar con toda solemnidad el centenario del Quijote, se me ocurre preguntar: ¿por qué no se elige como el mejor medio de conmemoración y de celebración la reapertura de la famosa Universidad de Alcalá de Henares, cuna del príncipe de los ingenios españoles, convirtiéndola en Universidad Hispano-Americana, proyecto acariciado por muchos hispanófilos y americanistas?

Debería algún periódico republicano lanzar esa idea, (iniciando si fuese preciso una suscripción), y ese periódico debería ser secundado por la representación en Cortes del partido.

UN LECTOR

Un periódico semanal no puede acometer ningún empeño que requiera propaganda diaria; sino, EL MOTIN tomaría esa.

Pero difundo la idea, por si algunos periódicos diarios la encuentran aceptable quieren y hacerla suya.

**¡LIBERTAD Y A ELLOS!**

DOS PESETAS

# Los obispos

por  
ROBERTO ROBERT

Pero no pasó mucho tiempo sin que el rey dijese que le habían engañado, que Rathiero favorecía á su contrario Arnol- do, y en su consecuencia, lo cogió como quien coge un obispo y lo encerró en una torre de Pavía.

Allí, sin poder predicar, ni confirmar, ni decir misa, el obispo se aburría como un peso.

Escribiendo á toda la cristiandad lo que le sucedía, esperaba de un momento á otro que el espíritu cristiano de príncipes y pueblos le libertase; mas por una rara casualidad, y á pesar de que esto sucedía en los bellos tiempos de la religión, la gente iba á paseo, cobraba sus rentas, hacía la digestión, y el entusiasmo por libertarle no rayó en frenesí ni en cosa alguna.

\*\*\*

Dos años y medio le tuvo el rey en la torre, y al fin, creyéndole bastante castigado, le dió suelta, desterrándole á Como.

Allí permaneció hasta que supo que Hugo había sido destronado; mas apenas lo supo, se plantó otra vez en Verona y se fué al palacio episcopal.

Donde se encontró con que ya tenían otro obispo; pero otro obispo muy fino y muy cortés, que le hizo mil cumplimientos y le cedió el puesto, y las rentas, y los papeles del obispado, y hasta le di- jo todos aquellos secretillos sobre los ga- ges extraordinarios del empleo.

Pero aquel obispo (cosa particular y al parecer imposible) era un bribón en seis letras.

En vez de obrar con lealtad, intrigó, le segó la yerba bajo los pies, le amotinó el rebaño, y por fin, los clérigos mismos echaron al pobre Rathiero, que tuvo que salir del obispado huyendo.

Lo de la prisión le había puesto de mal humor; pero al fin era castigo de un rey; y él se hacía cargo de que quien manda manda; pero lo de los clérigos le desa- zonó de mala manera.

Acabó de huir en llegando á Provenza, y se dedicó á instruir al hijo de un mag- nate, por cuyo medio obtuvo un obispa- do, que no sé cuál era, ni sé si lo dice la Historia. El lo aceptó humildemente: esto se sabe de cierto, y la prueba de que acep- tó el obispado es que de pronto deja el obispado y se vuelve á Laubes.

Por cierto que la crónica de Laubes está algo desatenta al hablar de él, y es doloroso que perteneciendo á aquellos buenos tiempos guarde tan poco decoro á un prelado, hasta el punto de llamarle hombre muy ligero de cascos: *miræ levi- tatis vir*.

Por fortuna, irreverencias semejantes son también una excepción en aquella época.

\*\*\*

Pues bueno: entonces acudían á la corte de Alemania hombres muy sábios,

y Rathiero, desengañado más y más del mundo, se fué á la corte de Alemania, donde hizo un gran papel.

Le celebraron, le admiraron, y el her- mano del rey le hizo nombrar obispo de Lieja, donde también le celebraron y ad- miraron.

Yo quisiera poder decir que le ama- ron; ¿pero cómo he de atreverme, si sé que hallándose celebrando episcopalmen- te las fiestas religiosas de Navidad en Laubes, se le echaron encima los liejeses, sus ovejas, y le hicieron echar á correr ni más ni menos que lo habían hecho ya les clérigos de Pavía?

El pobre obispo había leído que para servir á Dios en los altares era necesario tener fe, humildad, caridad y otras fri- leras que rebosan de los sacerdotes; pero no sabía que lo que más falta le había de hacer era la ligereza de las piernas.

Y ahora caigo en que si la crónica dice que era ligero de cascos y él demostró en las dos corridas que era también ligero de piernas, quizás más que para obispo habría servido para bolero, en cuyo ejer- cio habría ganado tantos aplausos como disgustos le proporcionó el obispar.

\*\*\*

Sea de ello lo que fuere, que esa duda puede resolverla la Iglesia, Rathiero hu- yó por segunda vez, y...

Parace que las ovejas que le arrojaron de Laubes lo hicieron azuzadas por los clérigos que en aquella población eran muy parecidos á los de las otras.

Huyó, pues, Rathiero, y rehusó morir- se del disgusto.

\*\*\*

Aquí, sin perjuicio de la Iglesia, las artes literarias y la humanidad, podían terminar las aventuras de Rathiero; más el cielo no quiso que así teminaran. ¿Yo qué puedo hacer en esto?

En vez de buscar en el supulcro la paz y el descanso, el obispo se volvió á Italia en busca de Oton el Grande.

La Historia dice que la sede de Verona estaba ocupada por un obispo que por poco dinero vendía las cosas temporales y espirituales; es decir, que ponía las felici- dades finitas é infinitas al alcance de todas las fortunas.

No lo hacía con escándalo y por medio de esos enormes rótulos con que se anun- cian las rebajas del 50 por 100 en los géneros en liquidación: lo hacía discreta y decorosamente.

Esto que en la esfera mundana se lla- ma comercio y tiene sus leyes que en vez de impedirlo, lo regulan y metodizan, en la región mística se llama simonía, y es- tá prohibido.

\*\*\*

Rathiero, pues, trató de recobrar su se- de episcopal, y acusando de simoníaco á su contrincante, acudió al Papa y á los obispos de Francia, Italia y Alemania.

Tomóse la cosa á pechos, reunióse un concilio, falló en pro de Rathiero, y se le declaró legítimo poseedor del obis- pado.

Y como la fuerza espiritual de la Igle- sia es tan poderosa, el obispo de Verona fué arrojado de su silla al impetu de esta simple fuerza.

Dicen los historiadores profanos que á pesar del voto del concilio, fué menester la omnipotencia del emperador para arro- jar á aquel obispo. No es verdad: el em- perador no hizo más que empujar un po- quitito con la mano.

Por tercera vez se sentó Rathiero en su sede episcopal, donde, al parecer, de- bía terminar su existencia.

\*\*\*

He dicho al parecer, y así fué: sólo al parecer.

Así como en Laubes el obispo se había figurado que la corrupción del clero era grande, y se lo dijo sin ambages, así tam- bién se figuró que estaba corrompido el de Verona, y sin ambages se lo espetó.

Y así como de Laubes había tenido que salir corriendo, de Verona tuvo que huir á escape, refugiándose en Lieja, cu- yo obispo era uno que había sido su dis- cípulo.

Allí estaba bien comido y bien bebido, pero sin báculo ni ovejas, y Rathiero ha- bía nacido para pastor.

Soñaba que tenía muchos chiquillos á quienes confirmar, muchas viejas que con- fesar, muchas rentas de pobres que ad- ministrar, muchas bailarinas que exco- mulgar, y cuando se despertaba y veía que nada de aquello era cierto, y que le esperaban otras veinticuatro horas de te- dio antes de volver á sus dulces sueños, se aburría y no se hallaba bien en parte alguna.

\*\*\*

Pidió al rey de Francia que le coloca- ra, pues en aquellos tiempos de candor no estaba mal visto que los obispos pi- dieran colocaciones á los poderosos de la tierra, y el rey de Francia puso á su car- go la abadía de San Amando.

Trasladóse allí contento, llegó alegre, se manó hacer la cama, se acostó...; pero al día siguiente se levantó disgusta- do de su nueva jurisdicción, escribió á su discípulo el obispo de Lieja que le busca- ra otra cosa, y éste le dió una posesión y unos terrenos junto al río Sambra.

La situación era amena, pero pacífica y tranquila; Rathiero no podía sufrir esto.

Allí no había clérigos que corregir, ni judíos que abrasar, ni otro obispo á quien desposeer, ni teólogos con quienes dispu- tar; y Rathiero, fastidiado de la paz que había ido buscando, dejó aquella monó- toña existencia y entró en una abadía de un territorio que traducido al español se llama Alto Monte.

\*\*\*

Al fin el cielo satisfizo sus deseos; ar- mó sin saber cómo ni cuándo una camo- rra con los monjes de Laubes, les dijo las frescas que solía decir á todo bicho

(Continuará).